



DIRECTORIO

Rafael Urzúa Macías
Rector

Daniel Gutiérrez Castorena
*Decano del Centro de
Ciencias Sociales y Humanidades*

Ma. Guadalupe Montoya Soto
Jefa del Departamento de Letras

Revista PIROCROMO

Roberto Bolaños Godoy
Editor

Consejo Editorial:

Gabriela de Alba Jiménez
Israel Mújica Arochi
Mónica Orozco Velasco
Moisés Ávila Ortega
Tania Magallanes Díaz

Consejo Consultivo:

Joel Grijalva Morales
Ma. Guadalupe Montoya Soto
Adán Brand Galindo
José Ricardo Pérez Ávila
Jorge Ávila Storer

Corrector de estilo:
Ana Belina Escobar Martínez

Diseño Gráfico:
Genaro Ruíz Flores González

Contacto

Sitio web:
pirocromo.wordpress.com
Mail:
revistapirocromo@gmail.com

*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores

Obra en la portada:
Perdido y encontrado 1,
Cristina Francov

Obra en la contraportada:
Perdido y encontrado 2,
Cristina Francov

Índice:

(3) Editorial

DOSSIER: Sangre

(4) Eugenesia
Ma. Guadalupe Montoya Soto

(8) Ojos de cristal
Lisett Tapia Lozano

(10) Dos poemas
Carlos Eduardo Hernández Núñez

(12) Una serpiente rampante
Mario Sifuentes

(16) Palabras como cuerpos
Jesús Cienfuegos

(17) Elogio al día nublado
Jesús Cienfuegos

(19) El juego
Perla Holguín Pérez

(21) Rebatanga
Leonardo Teja

(22) Sangre
Mauricio Polina

(23) Women
Azucena García Ovalle

(24) Nuit de Sine/ Noche en Sine
Léopold Sédar Senghor
Traducción: Ilse Díaz

(26) Entre la sangre y el aceite
Israel Mújica Arochi

OTRAS CREACIONES

(30) Carpintero, león y rosa
Magnolia Itzel Ortiz Limón

(33) Tres Poemas
Salvador Gallardo (el hijo)

(34) Suspiros de Azucena
Laura Trujillo Murillo

(38) Caminos paralelos
Paloma Mora

(45) Un libro desunitario
Roberto Bolaños Godoy

(50) Rabia
Gabriela de Alba Jiménez

(51) Exvotos
Angélica Martínez Coronel



PIROCROMO

Revista estudiantil

EDITORIAL

Una sonrisa de satisfacción y un buen sabor de boca nos deja un segundo número, con la esperanza y la expectativa de un tercero, que parece muy prometedor. Antes que nada, expresamos nuestra gratitud a los colaboradores y a los lectores, y continuamos invitando a todos los demás a interpretar cualquiera de estos dos personajes.

Pirocromeando, nos encontramos con la interesante idea de incluir un dossier con posibilidades muy versátiles, elegantes, anatómicas, vampíricas, rojas, pasionales, homicidas, eróticas, carniceras... y todo lo que sus poetisas mentes se estarán imaginando, relacionado, como habrán ya notado, con la palabra sangre.

Nos arriesgamos (todos) con un tema así: "sangre", que es una palabra navajosa, porque, por un lado, tiene un filo gastado ya por la mercadotecnia, Hollywood, la catsup y los trucos baratos; pero es, por otro, la aguda posibilidad de un imaginario profusamente animal, que nos remite a una fuente de calor y vida.

Sangro, luego existo. Sangrar es vivir, sangrar es morir. Encontrarán aquí sangrías, sangrados y sangrones, hemofilias y hemorragias. Por eso decidimos darle una oportunidad, porque ella tiene todavía mucho qué dar y qué teñir.

La sangre determina el temperamento de un escritor; si será cálido, frío, enamorado, romántico o enfermo; el poeta hace hervir la sangre con la metáfora y la rima, mientras que el lector se deja consumir por una aguja de ficciones. La sangre no se puede separar de la literatura, al igual que ésta no puede dejar de sangrar.

Invitamos a los lectores a ser Dráculas cínicos y afilados.

Las propuestas de este número exponen su jugoso cuello y sus palpitantes muñecas para los diferentes apetitos poéticos: juegos en los que sólo se puede perder, donde Perla Holguín nos cuenta las reglas; una propuesta de demolición urbana, por Israel Mújica; un reclamo a sangre viva, narrado por Guadalupe Montoya; la sangre coagulada de una muñeca arrumbada como costra, por Lisett Tapia, al igual que un recuerdo que se descicatriza en momentos, por Jesús Cienfuegos; y Leonardo Teja, que nos muestra la belleza vulnerada. Tenemos sangre guardada en su lugar o regada por la salpicadura de una pluma fuente de los ensayistas, poetas o cuentistas; cabe mencionar entre ellos a Carlos Eduardo Hernández Núñez, Mario Sifuentes, Mauricio Polina, sin olvidar a otros buenos invitados que han decidido no involucrar sus sangres, pero que nos ayudan a distinguir otro color además del rojo.

Sea una buena sanguijuela (en el mejor sentido y con todo respeto, querido lector) y descubra por usted mismo hasta dónde conducen los rieles de las venas y los ríos de las arterias; busque leucemias de ocio y déjese curar por unas buenas letras.

Ante todo, si su nostalgia, su felicidad, su miedo, su aburrimiento, o cualquier síntoma del alma le exigen una buena transfusión, recuerde que "la letra con sangre entra", al fin que usted será siempre bienvenido en los pasillos del banco de sangre de *Pirocromo*.

Gabriela de Alba Jiménez

EUGENESIA

Olimpia es la felicidad de los griegos, expertos en la infelicidad.

Roberto Calasso

... preso en redes / de algas en tus cabellos serpentinos

Gilberto Owen

Ma. Guadalupe
Montoya Soto

Antonio, como podrás observar a lo largo de estas líneas, retomo esa engañosa costumbre, ese manido pretexto para hablar con una misma. De más está decir que somos bastante parecidos: nuestra relación nos volvió espejos. Recuerdo aquella tarde de noviembre en que me dijiste que estabas pasando por una mala racha, que estabas a punto de volverte loco, no quise preguntar nada por miedo a ofenderte con alguna pregunta indiscreta, con algún comentario estúpido. Tu estado de angustia me hizo creer que dejaríamos para siempre nuestros juegos amorosos. En aquella ocasión estabas agotado, tus manos temblaban. Pensé que habías soñado con el Hades. Sí, los amores, mejor dicho, los juegos amorosos nos consumían. En ese momento parecía que estabas en una posición inferior a la mía, posición engañosa, creí. No pregunté qué te ocurría. Guardé silencio.

Mi relación con el lenguaje y sus silencios ha sido tortuosa y tú mejor que nadie lo sabe, aunque me dices que no es cierto, que es una trepa mía para derrotarte a ti y a la familia. Durante mucho tiempo me ha angustiado saber que el lenguaje y su contraparte, el silencio, son un campo minado. Es una angustia que borra la sintaxis, que me aísla del mundo. La voz se me quiebra, se vuelve fragmentos de vidrios rotos. Es posible que esa angustia de rechinos mudos, pero sentidos, sea semejante a la que tú viste. Es posible que la angustia sea una diosa innominada –al menos por nosotros que somos tan ignorantes del mundo–, que suele poseernos en momentos insoportables y que nos ayuda, paradójicamente, a sobrevivir. Antes, no sé si todavía, en esos momentos de verborrea, de miedo absoluto a la incomunicación, cerraba los ojos abiertos. Borraba el mundo. Era como hablar habitando la nada. Mis padres, mis cuatro abuelos me miraban espantados, ¿qué había pasado?, ¿qué genes se habían mutado en la hija, en la nieta, en la niña Victoria? La pregunta que nunca se atreverían a formular en voz alta era si yo realmente era su hija, su nieta. Sabía que estaba en la otra orilla, hoy lo sigo estando pero hay algo que ha cambiado. Un día sin saber por qué ni cómo me percaté de que no era cuestión de dominio de la palabra, sino de la intención del lenguaje. Descubrí la mezquindad y la benevolencia como hilos de una misma trama que estaba presente en nuestras vidas. Deslindé, además, la confusión entre emisor y receptor. Me percaté que como emisora fui gradualmente perdiendo fluidez hasta terminar en la afasia casi total; como receptora era, en muchas ocasiones, el pararrayos de las malas intenciones. Patético por el lado que se le quiera ver. Pero los dioses me rescataron con su infinita ambivalencia. Me dieron

un *puzzle*. Podría adjetivar el sosiego que me produjo tal regalo. Pero es innecesario, ¿verdad? Gané algunos centímetros de tierra firme. Tú no te diste cuenta ni yo tampoco; no, al menos, de manera inmediata. Tú, el querido primo que me ha marcado como a una res para que todos sepan que te pertenezco, no como una igual, sino como una inferior, me dices que no estás bien. Los milagros tienden a pasar inadvertidos. Por lo demás, tú siempre me has visto, has querido verme, dueña del suelo que piso. Tu esclava no debe ser demasiado esclava, no a tus ojos, debía ser fuerte para que tuviese chiste poseerme y dominarme.

Qué ocurrió para que estuvieras malo de los nervios. ¿Mi embarazo? ¿Tu viste psicosis, paranoia, esquizofrenia, depresión? No quise preguntarte. En realidad no importa, qué sé yo de esos términos. Nada. Absolutamente nada. Qué conceptos tan difíciles para una lega como yo. Además, y lo más importante, ¿qué habría agregado a mi conocimiento cualquiera de las aparentes precisiones? Para eso están tú y el abuelo, ambos excelentes psiquiatras. No quise abrazarte porque temí que te desbarataras y eso no está bien. Los ídolos como tú deben ser siempre ídolos. Por eso lamí tus pies, me mantuve sentada en el suelo junto a una cesta de frutas. No tenías fuerzas para ordenarme nada. Actué por costumbre. Actué por intuición o por lo que fuera. Quería que sanaras. Una enferma en la familia es suficiente.

Sí, en aquella ocasión me dijiste que pasabas por días malos, oscuros, pésimos. Luego me contaste con esa forma masculina de contar que, en síntesis, estabas enfermo de los nervios. Habría (¿hubiera?) querido decirte que llevaras un diario, pero sé que a ti eso de la escritura no se te da, “no es lo mío”, dices. También pensé en mi diario, en las cartas escritas para ti, pero nunca enviadas. En esos testimonios escritos, tachonados, alterados por todo tipo de dibujos. Si tú no hubieras dicho: “Mis días son malos, pésimos, oscuros”, yo te habría contado sobre mi diario, te habría dicho: “Hasta ahora, sólo me he atrevido a releer frases sueltas, porque siento que me vuelvo loca”. Por aquellos días el pavor me invadió. No es necesario que te explique lo que eso significa. Luego en un acto suicida leí un párrafo completo: línea por línea, sílaba por sílaba. Sonidos que estuvieron guardados por más de diez años y que en esos momentos comenzaron a vibrar a través de mi garganta. De todas maneras sentí que no era grave lo que nos ocurría, puesto que estábamos juntos, puesto que jugábamos y yo no sabía cuáles eran los límites. Ahora sé que tuve razón, que en realidad nada es demasiado grave. En aquella ocasión estabas agotado, tus manos temblaban. Me da gusto que te hayas recuperado. Mira que evado hablar del tema que me trajo hasta aquí. Recuerdo, en cambio, hechos pasados: esa tarde en que de algún modo nuestra relación dio un giro inesperado.

Te he dicho, Antonio, lo difícil que ha sido para mí tratar con el lenguaje. Me remonto a mi niñez, lo más cercano que tengo para explicarlo. No puedo recordar quién enloquecía más cuando yo hablaba: ¿mis padres?, ¿mis abuelos?, ¿tú? Así comenzaron tus castigos. Pronunciaba palabras impropias, indiscreciones familiares. Debí apretar los labios, sellarlos para no dejar que se escaparan palabras propensas a resquebrajar el Gran Orden del Mundo. Qué maravilloso creer que tienes el control de tu ser. En aquel tiempo, y durante muchos años, creí que eso era posible, lo creí a pesar de que las voces me habían advertido de tal ilusión. Cuando nos vimos aquella tarde de noviembre en tu despacho, yo estaba –al igual que tú– alterada y aterrada. No sólo porque había iniciado la lectura de mi diario infantil y

adolescente en el que tú siempre te encontrabas presente, sino porque había descubierto que estaba embarazada de ti, el más brillante y prometedor de los primos. Nos ubicábamos en los extremos y, sin embargo, aunque nadie lo sabía, éramos los extremos que se tocan. La familia había sido fundada por extraordinarios patriarcas. Enemigos acérrimos de la vulgaridad, del mal gusto, del alcoholismo, de las taras. Nuestros abuelos defendían la idea de esterilizar a los enfermos mentales, a los indeseables, a todos aquellos que fueran un peligro para el Estado. Nuestros abuelos confluyeron con los ideales de la época: la eugenesia, el advenimiento del Hombre Nuevo. Vicente y Javier formaron parte de una Sociedad de Estudios de Criminología, Psicopatología e Higiene Mental. Javier era criminalista, Vicente psiquiatra. Su trato cotidiano acercó a las familias, propició los noviazgos. Vicente *junior* y Eugenia se hicieron novios. No sé si se casaron por amor, por eugenesia sí. Yo cargo con la V de la Victoria como una desgracia. ¿Te das cuenta, Antonio?, me sé la historia de memoria, de corrido, no tratabillo, la aprendí desde niña como quien aprende el catecismo. Perdona que no te llame por tu nombre, pero prefiero pensar que te llamas Antonio y que no estás obligado a cargar con la V del triunfo.

Miré la foto que tenías en tu despacho, fue cuando los abuelos Vicente y Altagracia cumplieron cincuenta años de casados. Qué bonita foto, ¿verdad? Allí estamos todos, felices. Yo llevaba un vestido verde esmeralda estampado con florecitas de manzano: pétalos blancos veteados de rosa, como gotas de luz que van adquiriendo vida propia, que buscan una tercera dimensión para existir plenamente; las mangas tienen forma de campana. Era un vestido *agogo*, lo recuerdo; traigo el cabello suelto, como me gustaba, echado para atrás por medio de una banda ancha y blanca. Estamos toda la familia. Allí estás tú, en el centro, delante de los abuelos; tú, el continuador de la estirpe y defensor de la salud mental. Recuerdo que en aquella ocasión Paulo y Norma hicieron la primera comunión. Mamá lloró. Luego nos abrazamos y nos reímos mucho. Yo dije que mi gatito azul me había pedido un pedazo de pastel, no entendía bien por qué me había pedido un pedazo de pastel cuando yo sabía que a los gatos les gusta comer sandías en el crepúsculo. A mi tío Rodrigo, tu distinguido papá, le pareció de un pésimo gusto que yo dijera tantas tonterías juntas. Su mirada de odio me congeló. Tú me llamaste la atención con un gesto y con una amenaza en tu mirada. Ya era hora de tomarse otras fotos. Ahora que la veo de nuevo no se notó que yo haya llorado ni nadie podría adivinar los morenotes en mi piel. Sabías dónde lastimarme, sin que se notara. Era la época en que nuestros juegos amorosos fueron más frecuentes, más desesperados. Creo que hay otra foto donde te abrazo, las mangas amplias del vestido forman una corona de esmeraldas que te circunda. Mangas florecidas. Quién iba a pensar que tiempo después resultaría embarazada y, por lo tanto, expulsada del paraíso terrenal. No me extrañó tu indiferencia. Mi tita Altagracia me miró con odio cuando te abracé para la foto. Yo dije algo para calmar su furia y fue peor. Qué dificultad con el lenguaje. Tal vez por eso mi rostro te pertenece. Te pertenezco, las inferencias pueden ser varias.

Dijiste que estabas enfermo de los nervios, que tanto trabajo te estaba agotando, que debías descansar, que viajarías. No mencionaste nada de mi embarazo, aunque tú te enteraste antes que yo de mi estado. Me dijiste que yo no estaba bien de mis facultades mentales y que deberían internarme. Respiraste hondo, yo también y también me distraje mirando las ramas de

los árboles. Mis lágrimas adquirirían voluntad propia. Fluían tranquilamente. En otras circunstancias me habría defendido, habría dicho palabras que luego me atormentarían por semanas. Guardé silencio. No me enojé contigo, no me molestaron tus palabras que antes me pudieron parecer crueles o mejor dicho, normales. Mientras veía las ramas de los manzanos, mi mente se quedó en blanco. Estaba agotada. Las palabras referentes a la salud mental siempre me agotan. Lloré. Me sentí cansada, como si estuviera en una tierra de nadie, en esa ciudad, en esa calle, en ese despacho que guardaba tantos recuerdos, ese lugar que había sido del abuelo y en donde me dijeron cómo verme, cómo vernos. Eras tan extraordinariamente guapo y perfecto y fuerte que aún antes de que yo naciera ya estaba subyugada por ti.

Como te comenté, por esas fechas había iniciado la lectura de mi diario en donde tú aparecías siempre: mi eterno enamorado, mi eterno dueño y yo la esclava eterna. Me encontraba, por lo tanto, fuera de mí. No podía defenderme de tus insidias, insidias ingenuas y torpes, tuyas y de los demás parientes. Necesitaban reafirmar sus creencias a costa de otros. Es un comportamiento que se repite muchas veces en las historias, en mí misma. Fue benéfico para mí, no sé si para ti, que yo hubiera ido desarmada y perpleja. Los ídolos no deberían venirse abajo. No me percaté inmediatamente que eso suele ocurrir, requerí de tiempo. Pero bastó un instante guardado en la memoria para que después, mucho después me diera cuenta que había vivido bajo el efecto de un simulacro. Entonces estaba agotada. Tu voz sonaba ajena, era como una llamada de auxilio. Perdona mi crueldad, pero deberías seguir siendo el adalid de la familia.

Como puedes observar, éste no es el tema que deseo comentarte; se me escapa, se vuelve huidizo, en cambio te comento las circunstancias en que me encontraba aquella tarde en que ambos nos sentimos perdidos. Abordo esa parte de mi historia, de mi visión actual de aquellos momentos oscuros y luminosos.

Antonio, en aquella ocasión no quise abrazarte porque temí que te desbarataras y eso no estaba bien. Los héroes deben ser siempre héroes. No habría soportado verte caído. No en esos momentos en que yo necesitaba de tu fuerza, necesitaba seguirte admirando. Tu caída podría haber precipitado la mía. Por eso preferí estar sentada en el suelo y no en el sofá; tú en cambio, estabas bien ahí. Recargué mi cabeza sobre tus rodillas. Junto a mí había una cesta de frutas. Me gusta marcar las jerarquías con gestos. No tenías fuerzas para ordenarme nada. Actué por costumbre. Actué por intuición o por lo que fuera. En ese momento mordí una pera y el jugo se resbaló por mi antebrazo, una gota cayó finalmente en el dedo pequeño de tu pie izquierdo, lo lamí con parsimonia. Luego me hincé frente a ti y te ofrecí la pera para que también la mordieras. Gracias por haber aceptado. Te empujé al ruedo. Unas gotas cayeron en la arena sedienta. Obedecí tus órdenes tal y como debe ser. Tu voz adquirió la fuerza y la potencia de todos los tiempos. Eras el toro y el matador de toros frente a la muchedumbre y bajo un sol inclemente. Fue como si no habitáramos la tierra. Fue un sueño ondulado e irrepetible donde no cabían nuestras historias individuales. Donde la voz y los silencios se armonizaban. Fue el fin de nuestros juegos. El abrupto fin. Tiempo después supe que seguías siendo, como todos lo tenían previsto, un triunfador, el gran defensor de la eugenesia, de la salud mental, el gran continuador. Como puedes ver, Antonio querido, se me escapa, se me olvida la verdadera razón por la que quiero comunicarme contigo.

OJOS DE CRISTAL

*Qué triste el pasar del tiempo
sobre esta vida de rueda,
unos llegan, otros se van,
y la muñeca se queda...*
Anónimo

Lisett Tapia Lozano • Ya es de día. Puedo ver la luz del sol asomarse por la ventana. Brenda ya se ha levantado y no para de ir de un lado a otro de la cama, buscando algo. Mi cabeza se inclina un poco y puedo ver mi vestido: completamente blanco, esponjado, cubierto de encajes y moños azules, muy parecido al que solía usar mi amiga Elena y, sobre todo, mi amiga Pilar. Llevo un lazo blanco en mi cabeza. Mi cabello está bastante bien conservado como el primer día gracias a los cuidados de Pilar y los cepillados de Elena. Brenda es una niña muy simpática. Ahora es mi amiga.

Por fin Brenda está lista. Me mira con una sonrisa y me toma entre sus brazos. Bajamos juntas al comedor y dispone una silla para mí.

Veo cómo Elena sirve el desayuno y se detiene en seco al verme.

–Oye, Brenda –dice a mi amiga– ni creas que te vas a llevar esa muñeca a la escuela, la puedes romper.

–¡Ay, mamá! –contesta Brenda con angustia– ¡déjame llevármela!

–¡Ya te dije que no! Esa muñeca era de tu abuelita Pilar y debes cuidarla. Súbela y déjala donde estaba.

Brenda murmura unas palabras sobre Pilar, pero no atino a comprender. Quisiera mirarla, pero mi cuello no me lo permite.

Con cuidado, siento cómo Brenda pasa sus manos sobre mi cintura con delicadeza, por miedo a romperme. Eso ya había pasado una vez, hace mucho tiempo, Elena me dejó caer por las escaleras sin querer. Me rompí un brazo. Me asusté mucho.

–¡Ay, niña! ¡Esa muñeca me la regalaron cuando hice mi Primera Comunión, –dijo Pilar a Elena con cierto enojo.



Llegamos a la habitación. Brenda me acomoda de nuevo mirándome tristemente y se va. El silencio reina la pieza durante varias horas hasta que Elena entra para acomodar el desorden dejado por mi amiga.

Lentamente sacude a los demás muñecos de la repisa hasta llegar conmigo. Detiene su tarea un momento para contemplarme igual como lo hace Brenda. Como lo hacía Pilar.

Seguro que recuerda al igual que yo cuando era mi madre y tomábamos juntas el té de la tarde.

–Mariana... –murmura mi nombre en un suspiro.

Si se me concediese el don del habla le preguntaría el porqué de su alejamiento por tanto tiempo.

Sé que Pilar ya no está aquí. La última vez que la vi estaba recostada en su cama, vestida de blanco y con sus manos apoyadas sobre el pecho. Sus ojos me decían adiós.

–No te vayas Elena, quédate otro ratito más conmigo, –pero Elena no sabe leer la mente, se va.

Las horas siguen pasando.

A la hora en que debía volver Brenda de la escuela suena el teléfono. Elena contesta y escucha la voz de Brenda pidiéndole permiso para quedarse a dormir en casa de una amiga. Elena se lo concede, pero le advierte que aunque sea viernes, no duerma tarde.

La oscuridad se apodera de la habitación poco a poco. Por la ventana veo como cada noche la luz de la luna, reflejada por los cristales. Jamás la he visto, pero me han contado que es hermosa, blanca y brillante.

–Luna, ¿quieres ser mi amiga?

Mi rostro queda un poco iluminado por la blanca luz. Ojalá ella sí pueda leer el pensamiento.

Amo a mis amigas Pilar, Elena y Brenda, pero temo estar sola por siempre... por tener piel de porcelana y ojos de cristal.

Dos poemas

CARLOS EDUARDO
HERNÁNDEZ NUÑEZ

*Así se siente el pecho
después de haber amado:
como una araña que trepa lento
a través de una afilada hoja
hasta la luna, que reverdece
sobre el seno de la mujer amada.
Es como una serpiente
que muerde el punto cero,
distante, devorando luego su vacío;
como un gigantesco ojo,
que se cierra sobre el mar,
al ocaso de un zumbido,
el bautizo en una nueva fe,
la sábila de una muerte infecunda,
la carne, la nada; la encía rota
y la sangre de dos cuerpos
ciegos, extraviados.*

*Así se siente el pecho,
como soledad y pasión
que no caben en un
mismo cuerpo;
como una batalla a muerte
que nunca termina porque
aun antes de iniciada
son cadáveres ya los
contendientes, yacen
en sepulcros contiguos,
fundidos como el vómito
de la tierra, la incandescente
roca y su ceniza, nutrimento
de la vida y la mar.*

*Así se siente el pecho,
como un hueso,
una costilla que se desprende
del cuerpo y en el aire germina,
madura como el átomo
que explota en medio de la
noche silenciosa, creciendo
hasta ser ese espectro de labios
sanguinolentos, que pareciera
arrebatarlos de la oscuridad
por momentos;
como lianas fangosas que penden
de un árbol solo, o la cabellera
en sudor empapada,
la vestidura desgarrada
como un derrotado insecto,
o un tizón apretujado
entre el ojo y la mano,
un cangrejo vivo, atorado
en el esófago, o la boca
del estómago, que te hace
tirarte al lecho a jamás dejarlo...
como el monólogo eterno
de un poeta, así se sienten
el amor, la pasión y el silencio;
la primigenia nostalgia
por lo desconocido,
como no soportar el peso
de la propia sangre,
en el universo oculto
tras los párpados abatidos;
con una sensación fatalista y finita,
así se halla el pecho
después de haber amado.*

CARLOS EDUARDO
HERNÁNDEZ NUÑEZ

*Pequeños pies finos y delgados
flotan cual lirios
en el estanque claro,
el roce de una mano en flor
reverdece a la piel y al suspiro.
Delicadamente, una diosa desnuda
danza sobre una alfombra de uvas;
crea el vino perfecto, paladar líquido,
fuego que incendia la noche
al consumirlo,
cáscara del cosmos,
párpados: musgo
que a los ojos,
-colibríes cristalinos-
oculta de improvisito;
hijos del sol vueltos al abismo.*

*Vino, mujer, boca de serpiente,
beso en llamas,
cabellera ardiente,
cuerpo sin voz ni nombre;
creación de un lenguaje
diáfano, certero,
unión de dos cuerpos
en un vacío eterno.*

*En el acto, ni existes ni existo,
sólo existen nuestros cuerpos,
tu vientre y el beso, la cascada
de caricias, el potro, la luna y tus senos.*

Una SERPIENTE Rampante

MARIO SIFUENTES •

“La venganza es un plato que se sirve frío”. Desde que escuché tal sentencia, ~~me imagino que se trata de un plato de avena~~ ~~me imagino que es un plato de avena~~. ¿Tal vez por la pasividad con que se disfruta? ¿Por su apariencia densa y monocromática? Tal vez, o tal vez ~~quizás sólo sea un entusiasta de los cereales~~ ~~mi entusiasmo por los cereales~~. De cualquier forma, el propósito de esta nota no es ~~la disertación~~ ~~disertar sobre las propiedades evocativas de la comlo~~, sino las diferencias y similitudes en el tratamiento de la *vendetta* en dos piezas literarias ~~es nuestro tema~~.

~~Las historias sobre los ajustes de cuentas abundan~~ ~~Tenemos bastantes historias sobre los ajustes de cuentas, las reprimendas, e desahogo por la reparación de un daño son frecuentes~~. Recordemos Desde los días de la cólera de Aquiles, ~~en los cuales el héroe en que hecho un mar de lágrimas pide ayuda a su mamá para castigar a los tontos feos~~ aquellos que se han portado tan mal con él; ~~Y pasando por el poema anglosajón donde Beowulf tendrá que vérselas con una mamá ogro por el asunto de haber matado a su lindo retoño muerto; hasta O bien~~ en la historia de los Nibelungos, ~~la en el que~~ la bella Krimilda dará cuenta de los asesinos de su amado Sigfrido. *She wants revenge*, no hay duda.

Ya en el siglo XIX conocimos la historia de Edmond Dantès y su plan macabro para castigar a los tipos que lo mandaron a la cárcel y lo separaron de su querida Mercedes. De hecho también a ella le hará pasar las de Caín. Historia clásica sin duda, ~~de venganza como una avena deliciosa, metódica, pausada y refinada~~. ~~Como disfrutar una deliciosa avena~~.

Entremos en materia: las dos obras a tratar son cuentos. Uno le pertenece a Poe, el otro a Quiroga. Comencemos por el maestro bostoniano y después veremos a su pupilo uruguayo.

Edgar Allan Poe, el inventor de tal, el renovador de lo otro, el precursor de aquello y todos los epítetos que se le puedan dar, escribe “El tonel de amontillado”¹ y da una cátedra en lo referente a ~~las historias de los platos que se sirven fríos~~ servir una buena avena. Si bien la venganza la vemos en otros tantos cuentos como “El gato negro”, “Hop-Frog” o “Tú, eres el hombre”; es el cuento a tratar donde Poe logra plasmar mejor el tema.

“El tonel de...” es la sistemática venganza contra Fortunato por parte de Montresor, quien nos narra la historia. Mientras que en “El gato negro”, “El corazón delator” y “El demonio de la perversidad”, los criminales se encuentran en un estado de severa psicosis; Montresor cuenta la ejecución de su plan con toda la calma y orgullo que se recrean en su alma. Fortunato le había hecho una serie de ofensas de las que no se platica nada más, bastantes graves deben de haber sido para que al narrador no se le ocurra otra cosa mejor que emparedarlo vivo.

Pasemos al cuento de Horacio Quiroga, “La lengua”² es el título de éste. El autor sudamericano reconoce a Poe como una de sus mayores influencias. No sería equivocado asegurar que fue el mayor. La muerte y la locura, materia prima de la obra del uruguayo, descenden en línea directa de Poe. Pensemos en el *delirium tremens* del protagonista de “Los destiladores de naranja”, en la culinaria muerte de “La gallina degollada” o el regreso del más allá presente en “El espectro”. Punto número uno del manual del perfecto cuentista de Quiroga es creer en el maestro como si fuera un dios.

En “La lengua”, en este caso, ~~volvemos a presenciar una venganza~~ ~~por un chisme en este caso~~ (feliz relación con otra historia del rubro, *Oldboy*), inventado por Felippone contra el narrador, un pobre dentista que otrora conoció días más felices y ~~a causa del rumor que por el pérfido rumor~~ se ha quedado sin clientela ~~y sumido en la pobreza~~. Un buen día, Felippone tiene un dolor de muelas, va al consultorio del dentista agraviado, y éste le corta la lengua.

Ya señalado de qué trata cada uno vamos a ver sus características. Ambos cuentos recurren a la primera persona. ~~Es el narrador en ambos casos el ángel vengador de cada historia~~. Comencemos pues con esta similitud. Montresor y el dentista. Un noble francés y un pobre diablo sudamericano. Ambos tuvieron épocas más felices. “Eres rico, respetado, admirado, querido; eres feliz como en un tiempo lo fui yo”³, le dice Montresor a Fortunato. Por otra parte el dentista cuenta: “Supóngase ahora lo que me pasaría a mí, con mi carrera rota en su principio, condenado a pasarme todo el día por el estudio sin clientes, y con la pobreza que sólo yo sé”.⁴

Vemos a los dos resentidos por sus desgracias y reconocen en sus futuras víctimas la causa de ellas. No obstante, siguen actuando como si no pasara nada, haciéndoles creer que las ofensas han sido olvidadas y cultivando la amistad, esperando una ocasión propicia para lograr sus planes. ~~La gran diferencia estriba tanto en la salud mental de cada uno de los protagonistas. Basta mostrar algunas de sus primeras líneas. Montresor es sereno, pragmático: “Me vengaría a la larga; esto quedaría definitiva~~

1 Edgar Allan Poe, *Cuentos*, 1, Cortázar Julio (trad), Alianza Editorial, Madrid, 2007, pp. 162-169.

2 Horacio Quiroga, *Anaconda*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, pp.112-115.

3 Poe, *op. cit.*, p. 165.

4 Quiroga, *op. cit.*, p. 113.

~~mente decidido, pero, por lo mismo que era definitivo, excluía toda idea de riesgo~~⁵. El dentista sufre de una completa demencia al momento de contar su historia: ~~“Loco perseguido! [...] ¡A todo el que es lengua larga, que se la pasa la vida mintiendo y calumniando, arránquesele la lengua!”~~⁶

~~Lo anterior condiciona lo elaborado del plan de venganza de cada uno~~
 Aquí la primer diferencia, la elaboración del plan de venganza: Montresor hace ~~uso del uso~~ el conocimiento que tiende de las debilidades de su enemigo: Fortunato es aficionado a los vinos y vanidoso en cuanto a sus habilidades de catador. Lo atrae precisamente con la promesa de un disfrutar de un “tonel de amontillado”. Es tan diestro que sólo lo sugiere, dejando que Fortunato sea el que insista en ir a su palacio a degustarlo. ~~En cambio~~
 El dentista ~~pues~~ únicamente espera a que su amigo le duela alguna muela para tenerlo a su merced. Ciertamente es que ya ha demostrado que es bueno en su disciplina y que no le guarda rencor.

~~De cualquier forma~~ La siguiente diferencia nace con la ejecución de la venganza: ~~legamos al punto en que tienen a su merced a sus víctimas~~
 Montresor lleva a Fortunato a las criptas de su palacio, donde le promete que estará el anhelado amontillado. Lo embriaga intencionalmente para que éste no oponga resistencia al encadenarlo a una de las paredes de las tantas criptas y ~~lentamente~~ levanta un nuevo muro frente a él. Fortunato grita y se desespera comprendiendo el fin que tendrá. En la otra historia

~~En tanto que~~ el dentista al tener a Felippone recostado en su consultorio, con la esperanza de que le curen su dolor de muelas, le pide que abra la boca: “Metí la mano izquierda, le sujeté rápidamente la lengua y se la corte de raíz”⁷. Sin embargo, nos cuenta que vio cómo del fondo de la boca de Felippone crecía una lengüita roja. Naturalmente también la extrajo. El problema es que ahora crecían dos lengüitas, y las arrancó. Pero seguían reproduciéndose cual cabezas de hidra. Al final les dispara, pues ya de la boca salía un “pulpo de lenguas que tanteaban a todos” y hablaban.

La gran diferencia estriba en la salud mental de cada uno de los protagonistas. Montresor es sereno, pragmático: ~~“Me vengaría a la larga; esto quedaría definitivamente decidido, pero, por lo mismo que era definitivo, excluía toda idea de riesgo”~~⁸. El dentista, por otro lado, desde el inicio de su discurso notamos que está ~~demente~~.

El desenlace del cuento de Quiroga muestra con harta facilidad otro gran contraste entre ambas historias: El tono de la obra. Mientras Poe maneja el cuento con ironía y humor negro, a través de un astuto personaje que seguramente leyó su Maquiavelo completito y ~~ha aderezado el plato con algo de relatos de~~ tortura medieval. En tanto Quiroga crea un

cuento más directo, sencillo, cuya fuerza recae en ~~el final gracias a las imágenes grotescas producto de la mente enferma del protagonista que logran gestarse al final~~. Bueno, tanto como un disparo en la boca contra el pulpo de lenguas rojas pueda significar “grotesco”.

Hay que señalar que el desarrollo del crimen en “El tonel de amontillado” es toda una obra de arte. Comenzando por ambientar la historia en la época de carnaval en Italia, ya nos prepara escenas pintorescas. Poe usa los disfraces de los protagonistas para señalar las aptitudes de cada uno de ellos. El traje de bufón para la víctima y un sencillo antifaz de seda negro para el asesino. Ambos descenden a las criptas del palacio equipados con antorchas. Detalle importante es el momento en que Fortunato pregunta por el escudo de armas de los Montresors. Se trata de un pie aplastando una serpiente rampante que clava sus colmillos en el talón agresor (es curioso que en la traducción de Cortázar hable de “garras” en lugar de “colmillos”⁹). El lema “*Nemo me impune lacessit*”¹⁰, hablando castellano “Nadie me hiere impunemente”. La literatura permite este tipo de imágenes y queda preguntar a quién se le ocurre agraviar a alguien con semejante historial. Otra ~~broma más~~: Fortunato hace un signo masón y le pregunta a su comparsa si él no pertenece a la orden. Montresor le dice que sí y le muestra una pala de albañil (guiño a la cámara).

~~Los finales si bien se encargan de mostrar la muerte de Fortunato como de Felippone~~, e Historias de venganza no nos faltan, la manera en que se nos presenten será lo interesante. En el cuento del norteamericano prevalece el sadismo puro y diáfano, muestra clara el encantador cuadro donde observamos la paciencia de Montresor al levantar lentamente una pared frente al inmolado, mientras escucha sus gritos, súplicas y el tintineo de los cascabeles del gorro de éste: “¡Por el amor de Dios Montresor!”¹¹ En tanto que en el cuento de Quiroga contemplamos la locura del protagonista llevada al paroxismo y como si fuera una película *gore*, presenciamos un monstruo conformado por rojas lenguas humanas, contra las que el protagonista dispara su arma. “¡Las lenguas! Ya comenzaban a pronunciar mi nombre”.¹²

~~No hay nada nuevo sobre la tierra, el tema es el mismo pero tratamiento muy diferente, situaciones similares que resuelven cada uno con su método~~. Quiroga logra su versión de “El tonel...” más a la manera del siglo XX, breve, sin rodeos, burda, sin censura, violencia y sangre aseguradas. Ambos cuentos quedan en la literatura como un par de platos de *vendetta* que sólo los mejores cocineros pueden lograr.

5 Poe, *op. cit.*, p. 162.

6 Quiroga, *op. cit.*, p. 112.

7 Quiroga, *op. cit.*, p. 114.

8 Poe, *op. cit.*, p. 162.

9 Marco A. Contreras, *Julio Cortázar: ¿traditore?*, versión disponible en http://medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n7_Contreras.pdf Panacea@ Vol. 3, no. 7. Marzo, 2002. [vi: 4/3/2010]

10 Poe, *op. cit.*, p. 165.

11 Poe, *op. cit.*, p. 169.

12 Quiroga, *op. cit.*, p. 115.

PALABRAS COMO CUERPOS

Jesús
Cienfuegos

*Las palabras que dejaste
vibran en mi cabeza
transmutando.*

*Tu imagen vuelve,
cada vez
me desgarrar la garganta,
mutila mis pupilas,
prueba mi sangre
y me deja al borde
de una cama
donde duermo con ella.*



4 de noviembre, Cristina Francov

ELOGIO AL DÍA NUBLADO

Jesús
Cienfuegos

*Me quedé pasmado,
inmóvil
como
los hombres
de mi tiempo,
pero mirando.
Veía
entonces
el cielo
lleno de nubes
aperladas
moviéndose
a gran
velocidad.
De nuevo
el aire
se manifiesta
con el beso
en movimiento
del cielo.
Una vez
la nube
sensualmente
gris
fue
penetrada,
traspasada,
transformada
en luz
por los rayos
del potente
sol
que reina
por todos
los siglos
y nosotros
allá arriba,
más allá de nosotros*

*y de nuestras cabezas.
Y con su potente luz
calentó mis piernas
y quema la memoria
de los días.
Como la razón
la lucidez
duró
el instante
del rayo.
Todo cobra
el color tierno
de la perla.
El árbol desnudo
baila
alrededor
de una fogata.
Un día
de estos eternos,
la mujer
me invitará
a bailar con ella
alrededor
de una fogata.
Bajo la lluvia
o un cielo
cubierto
del manto
aperlado
y en movimiento
de las nubes
tocadas
por la lucidez
del potente
sol
y sus rayos,
el hombre
sueña.*

EL JUEGO

PERLA
HOLGUÍN PÉREZ

Janeth sintió el revólver justo en medio de sus ojos, pensó que aquélla sería la última vez, pero el juego no había terminado. *¡Otra oportunidad!*, gritó Juan. Janeth recordó el programa de concursos donde el público grita a una voz “¡Otra oportunidad!”, cuando el concursante falla la respuesta. *¡Mierda! Ahora me siento una mediocre.* Vino el siguiente turno, la sien de Josué. *¡Bang!* Un rocío rojo sobre Janeth. *¡Mierda! Ya se jodió otra vez.* Miró su pierna coja. El revólver cambió de mano, era el turno de Mónica. Directo al corazón. *Pinche Mónica siempre con su dramatismo. ¡Bang!* *¡Mierda!* Un agujero preciso al pecho como la boquilla de una fuente manando. Juan no lo resistió. Corrió asustado, olvidando el revólver en la mano de Mónica. En el fondo, esperaba que Janeth fuera la primera. *¡Mierda! Ahora me va a tocar a mí sola limpiar este desmadre.* Tomó los cuerpos de Josué y Mónica y los llevó al viejo caldero. Puso el revólver sobre éste, mientras dificultosamente intentaba encender el fuego. Se había acabado la gasolina la última vez que se reunieron. *Ni modo, habrá que echarle leña.* Pero no la tenía. Una idea. *¡Crack!... ahhh... ¡Listo!* El bastón de Josué. Hizo unas cuantas bolas de papel de baño, puso encima el bastón partido en dos y encendió un cerillo. Sopló rápidamente, como centellas viajando de su boca al papel, iluminando los trozos del viejo bastón. La pira prolongó la sombra de Janeth sobre la pared. Un brazo fugitivo asomó del caldero. Mónica. *Hasta muerta haces tu pinche desmadre.* Un segundo. *¡Mierda! ¿Estabas muerta?* Se acordó del apagado “ahhh...” *Ni pedo.* Cogió el brazo que se escurría y lo aventó al montón. Se sentó a un lado cruzada de piernas sobre el suelo. Sintió el calor de la hoguera, al mismo tiempo que veía su reflejo en el charco. Pensó de nuevo. *Puto Juan. A ver cómo jodidos saco esas manchas.* Miró la pira y vio sobre el caldero el fino mango de madera, el revólver. Recordó que Juan había llevado tres balas. *Vientos. Seguro el pendejo también la puso.* Tomó el arma rápidamente y la presionó en medio de sus ojos. La boca del revólver. El metal hirviente. Derritiéndose. Escurriendo sobre su nariz. Disparó instintivamente. Un ahogado *bang... ¡Mierda!*

REBATINGA

Leonardo
Teja

••

(Suena el teléfono y descuelgan la bocina). –Buenas tardes. Por favor con la más bella de la casa; es urgente. –Ella habla (ella miente), ¿qué se le ofrece, caballero? –¿En verdad es usted la más bella que habita el inmueble? Marqué hace un rato y juraría que no era la misma voz; tenga la bondad de comunicarme, que es urgente. (Silencio) ¿Bueno? Señora, ¿bueno? (silencio rabioso y de golpe cuelgan la bocina).

(Otro día, el mismo teléfono suena) –¿Sí? (la voz más bella de la casa). –Señorita, qué bueno que atiende usted, la más bella de la casa, no tenemos mucho tiempo, ¿tiene dónde apuntar? –No (el *no* más bello de la casa). –Haga el favor de ir por lápiz y papel. (Se escuchan unos tacones, y después una rebatinga y después el sonido sordo de la bocina, los celos de una bala. La sangre más bella de la casa). –¿Bueno, bueno? ¿Señorita, qué ha pasado? Atienda por favor. (La mano en la bocina, ya sin el revólver) –Habla la más bella de la casa (esta vez no miente), ¿qué se le ofrece al caballero?

SANGRE

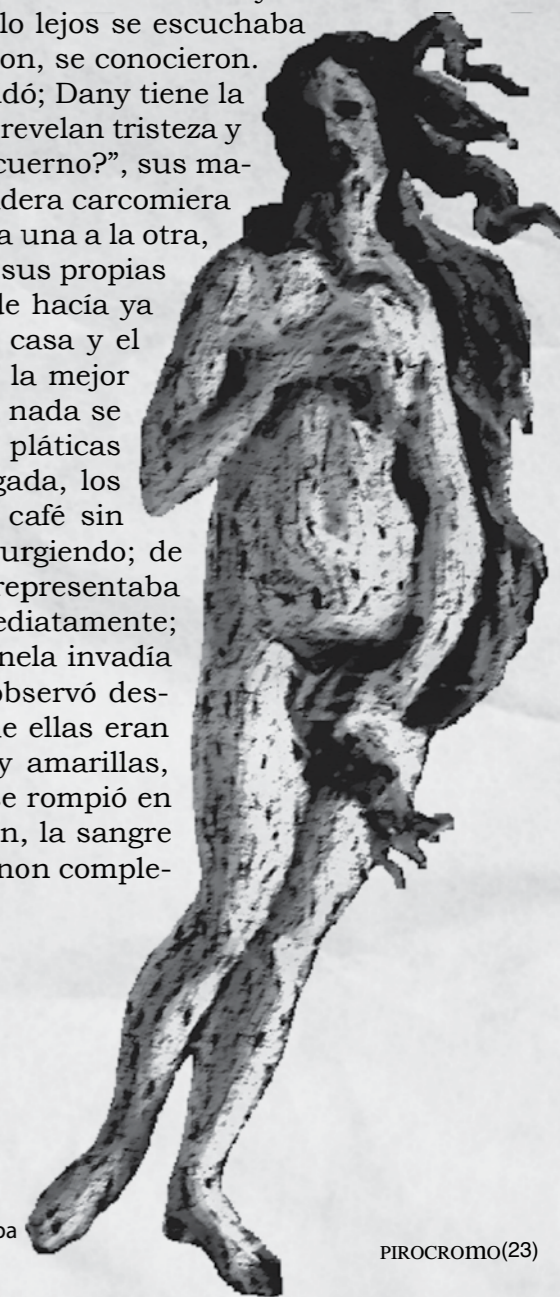
MAURICIO
POLINA

*Sangre de abolengo,
manos que van labrando la tierra rectangular,
surcos con el agua viva de la mañana,
mundo pintado por la mente de un jinete,
sol esplendoroso en la campiña de la vida,
caballos con envergadura eterna
suben a la montaña,
descienden a la venidera primavera
entrelazando sus crines de oro,
¡están presentes en el horizonte de cielo firmel!,
¡escuchadles sus galopes!
Potro sediento en la búsqueda de un halo de sudor,
¡está presente!
Pisa de sol a luna,
detiene su galope ante las miradas de otros jinetes,
¡un mismo reino les cobija!
Sangre de fortaleza,
¡las venas del jinete que ama a su dócil bestia!
Sangre sutil,
casi impenetrable,
caballo alazán,
¡mirada de viveza!,
cuerpo emblemático,
caballo con la fortaleza delineada,
sombra que se va perdiendo en el cruce de la noche.*

women

AZUCENA
GARCÍA OVALLE

Hanna se ha suicidado, su cuerpo yace sobre el sofá, su cara desvanecida refleja dolor. Crearon una atmósfera perfecta, la sala que las dos decoraron en complicidad, la oscuridad, el olor del incienso de canela y las velas de pachuli aluzaban la sala tenuemente; a lo lejos se escuchaba John Lennon; suavemente se besaron, se abrazaron, se conocieron. El mundo externo no sabe por qué Hanna se suicidó; Dany tiene la culpa pero no ha querido comentar nada, sus ojos revelan tristeza y arrepentimiento “Maldita sea, ¿por qué le puse el cuerno?”, sus manos tiemblan y el piso está marcado como si la madera carcomiera el crimen que intenta ser olvidado. Se conocieron la una a la otra, la sala era el espacio preferido y ornamentado por sus propias manos. La muerte se le pintaba en el rostro desde hacía ya varias semanas, con la llegada de su prima a la casa y el asombro de Dany. ¿Cómo es que Clara iba a ser la mejor amiga de su pareja? No, eso no estaba bien; pero nada se podía hacer, Hanna ya está muerta. Primero las pláticas de Dany y Clara hasta altas horas de la madrugada, los mensajes de texto, luego vinieron las tardes de café sin Hanna, los abrazos constantes, la relación fue surgiendo; de que Dany la quería, eso era indudable pero Clara representaba un mundo divertido del que ella formó parte inmediatamente; Hanna siempre tan alejada, sombría. El olor a canela invadía sus cuerpos y la pasión se desbordaba, Hanna observó desde cerca la fantasía creada en el ambiente del que ellas eran partícipes, el espacio se llenaba de flores rojas y amarillas, Dany dijo un “Te quiero”. El mundo maravilloso se rompió en un *bang*. Hanna muerta y desvanecida en el sillón, la sangre corría a chorros y a lo lejos la música de John Lennon complementaba el ambiente.



La muerte de venus, Gabriela de Alba

NUIT DE Sine

Chants d'ombre
1945

LÉOPOLD SÉDAR SENGHOR • Femme, pose sur mon front tes mains balsamiques, tes mains douces plus que fourrure.
Là-haut les palmes balancées qui bruissent dans la haute brise nocturne
À peine. Pas même la chanson de nourrice.
Qu'il nous berce, le silence rythmé.
Écoutons son chant, écoutons battre notre sang sombre, écoutons
Battre le pouls profond de l'Afrique dans la brume des villages perdus.

Voici que décline la lune lasse vers son lit de mer étale
Voici que s'assoupissent les éclats de rire, que les conteurs eux-mêmes
Dodelinent de la tête comme l'enfant sur le dos de sa mère
Voici que les pieds des danseurs s'alourdissent, que s'alourdit la langue
des chœurs alternés.

C'est l'heure des étoiles et de la Nuit qui songe
S'accoude à cette colline de nuages, drapée dans son long pagne de lait.
Les toits des cases luisent tendrement. Que disent-ils, si confidentiels,
aux étoiles?
Dedans, le foyer s'éteint dans l'intimité d'odeurs âcres et douces.

Femme, allume la lampe au beurre clair, que causent autour les
Ancêtres comme les parents, les enfants au lit.
Écoutons la voix des Anciens d'Elissa. Comme nous exilés
Ils n'ont pas voulu mourir, que se perdît par les sables leur torrent séminal.
Que j'écoute, dans la case enfumée que visite un reflet d'âmes propices
Ma tête sur ton sien chaud comme un dang au sortir du feu et fumant
Que je respire l'odeur de nos Morts, que je recueille et redise leur voix
vivante, que j'apprenne à
Vivre avant de descendre, au-delà du plongeur, dans les hautes profondeurs
du sommeil.

Noche en Sine¹

Traducción: Ilse Díaz

LÉOPOLD SÉDAR SENGHOR • Mujer, posa sobre mi frente tus manos balsámicas, tus manos dulces más que el pelaje.
Allá en lo alto las palmas se mecen y murmuran apenas en la brisa nocturna.
Ni siquiera se oye la canción de cuna.
Que nos arrulle el rítmico silencio.
Escuchemos su canto, escuchemos latir nuestra sangre oscura, escuchemos
el pulso profundo del África entre la bruma de las aldeas perdidas.

He aquí que se acuesta la luna cansada en la lisa cama del mar.
He aquí que las carcajadas duermen, que los cuenta cuentos
cabecean como un niño en la espalda de su madre.
He aquí que los pies de los danzantes se vuelven pesados,
que pesan las lenguas de los que cantan.

Es la hora de las estrellas, de la noche que sueña
y se asoma a aquella colina de nubes, enrollada en su larga túnica láctea.
Los techos de las chozas brillan tiernamente. ¿Qué dicen, así de íntimos,
a las estrellas?
Abajo, el fuego del hogar se extiende en medio de olores agrios y dulces.

Mujer, prende la lámpara de aceite y que alrededor de ella se reúnan
los ancestros y los padres, mientras los niños duermen.
Escuchemos la voz de los ancianos de Elissa,² exiliados, como nosotros:
no han querido morir, que se pierda en la arena su torrente seminal.
Que los escuche, junto al fuego que visitan los reflejos de almas propicias,
mientras mi cabeza se apoya en tu regazo, tibio como un dang³ humeante.
Que respire el olor de nuestros Muertos, que recoja y repita su voz
viva, que yo aprenda
a vivir antes de descender, más allá de la hondura, hasta las altas profundidades
del sueño.

1 Sine es el nombre de uno de los antiguos reinos sereres de Senegal, instalados antes de la conquista y de la colonia europeas, a lo largo del río del mismo nombre.

2 Aldea de la Alta Guinea, de donde salieron, a causa de rivalidades con otras tribus, los guerreros mandingues (ancestros de Sédar Senghor) para instalarse en tierras sereres, al borde del Sine.

3 Platillo africano preparado con cuscús.

Entre La sangre y el aceite

Israel •
MÚJICA DRÓCHI •

Nunca he entendido la osadía de las personas: partículas seminales, amotinadas, callejeras peatonales. Nunca he entendido su valor para cruzar la calle, frente al verdugo a cuatro ruedas y diez caballos de fuerza. Nunca he entendido al asesino que acecha a su presa con reflejos parpadantes en la frente. Nunca he entendido eso de detenerse, por desgracia soy daltonico y no distingo entre la sangre y el aceite.





Alevosía, Cinthya Lucía De Anda Arellano,
neg B/N, 10.16 X 12.7 cm,
2009.



Ensañamiento, Cinthya Lucía De Anda Arellano,
neg B/N, 10.16 X 12.7 cm,
2009.

CARPINTERO, LEÓN Y ROSA

Magnolia Itzel Ortiz Limón • La mujer con el vestido azul siempre llegaba a la misma hora al restaurante de la esquina. Era abril, el peor mes para sufrir por amor, pero los manteles con olor a cloro y suavizante ya desplegaban rocío a los transeúntes afortunados de la calle paralela. No había una mejor vista para un hombre que vuelve a la ciudad donde comenzó su viaje, es para todos un obsequio subversivo. Se vuelve al lugar de partida sólo en dos ocasiones: cuando la misión de viaje fue cumplida y cuando, tristemente, no. El marinero que llega después de haber salvado pueblos en hambruna y que ve cumplida su misión se atreverá a acercarse a la mujer del vestido azul, pedirle la hora, preguntar por el clima o cualquier otro incidental que pueda fraguar una conversación, un encuentro, un momento tan buscado por el marinero como lo fue su buen regreso. La mujer del vestido azul lo invitará a sentarse y conversarán mientras se consume la tarde. Los canarios, las margaritas, carpintero, león y rosa. Tenemos tantas cosas en común. Nos reímos de todo, cuando habla y me dice 'Usted...' me parece tan caballeroso y noble. Nos jactamos de poder engañar al destino y lo hacemos bailando, acompasados, nos burlamos de que uno y uno es dos. Los dos van juntos a la casa, y dentro de ella sucede algo. Una luz nace y los dos están ahí, sin ver más que sombras, sonriendo al color negro de sus labios que se encuentran, quizás, más allá de todo pronóstico de fatalidad.

Pero como éste es un mundo de posibilidades, también está el lado oculto de la moneda.

El marinero que falló ahora es cobarde; vuelve a su hogar a ver qué quedó; quién lo espera. Es tanta su vergüenza que, al entrar al restaurante, decide no mirar a la hermosa mujer del vestido azul. Se sienta en la barra y pide una cerveza, luego dos, después tres. La mujer del vestido azul le pide la hora y él ni siquiera voltea, ella ladea la cabeza, esperando una señal con sus ojos color calabaza, el hombre dice siete quince.

Ella toma su sombrilla rosa y se marcha a paso lento entre la lluvia crepuscular. Ella, al llegar a su casa enciende una vela, después otra, luego otra y descubre que en su vida nunca se había sentido tan sola, tan tristemente así.

La mujer del vestido azul tiene también dos caras de la moneda.

Resulta que encontró, después de un desayuno francés y unos cuantos suéteres ordenados en la cama, una carta que no había visto en bastante tiempo. Era de cuando tenía los sueños en alto, como espirales de humo que se formaban sobre su cabeza. La carta de solicitud de enfermería en Birmania, sellada por las distintas instituciones, acep-

tándola para misiones samaritanas en algún pueblo desconocido; era justo lo que buscaba, lo que más quería. Desaparecer del mundo de suburbios y hacer algo más provechoso que morir.

Tenía que irse ese mismo día, para alcanzar a conocer Birmania un poco, antes de enrolarse en la misión que la llevaría a ser alguien nuevo. Durante mucho tiempo hizo lo mismo, esperar a la misma hora en el mismo restaurante: los que atendían el lugar murmuraban como rumor de riachuelos que la chica estaba loca, viuda o esperanzadamente sola.

Podía ponerse sus jeans y suéter, azules por supuesto, y salir en el tren de medianoche. Antes de irse, pasear por los lugares que le eran tan amados, tan familiares, era su última función por ahí, los miraba de reojo, como por encima del hombro, porque nadie ve fijamente lo que ha de abandonar.

El marinero, las casualidades, carpinteros, leones y rosas, tantas cosas que se perderían en el túnel de lo velado.

Decidió ponerse su vestido azul y no cambiar de vida. Ir a la misma hora al restaurante de la esquina, a esperar cualquier cosa que lentamente la destruya. El destino de las estatuas es quedarse cuando todo a su alrededor se mueve. La sirena que esperó al marinero quedó hecha roca, la roca es polvo al fin –polvo enamorado– y sus ansias se volvían esferas infinitas que giraban ante sus ojos, rodando como un ángel caído por sus mejillas. Pero entonces el marinero llegó, triunfante, con olor a mar, a victoria, con el garbo que sólo se puede conseguir después de una concesión de honor, virtudes le salían de los poros; un brillo especialmente dorado cubría su piel. El olor a violetas y durazno de la mujer del vestido azul fue tan impactante para el marinero como un bosque que surge de entre el mar, el mismo olor de la montaña donde Poseidón amó a Atenea, como dioses, inconcebiblemente inmortales. Y es que no había sentido el olor de una mujer en mucho tiempo. Ella era especial; una flamante pelirroja con vestido azul rey –Rey de Espadas– y zapatos rojos. Decidió acercarse a ella y decidió conversar un poco sobre lo que le interesaba a esa chica. Aparte de bella era inteligente: carpintero, león y rosa. Una noticia le llegó del ejército de la Marina durante su charla en el restaurante. El suplente del marinero en la guerra contra la hambruna no se presentó esa tarde para confirmar su relevo; quizás no era tiempo de volver después de todo, leyó la notificación en silencio y no quiso alterar el tono tan armonioso que previamente tenía la conversación. La mujer del vestido azul le dijo que podían seguir charlando en su casa, sin afectar su voz ni sus movimientos, el marinero aceptó. Y caminaron durante largo tiempo, charlando, entre cambios de calle y semáforos miraban sus cuerpos, tan fascinantes y diferentes uno del otro; las calles embaldosadas de cielo en fragmentos, las gotas eran saladas, como si también regresaran del mar a la tierra. Conversaron largo rato en la sala, aunque estaban en abril, por las noches hacía frío, sólo un poco, lo suficiente como para poner en la chimenea el pretexto para distraerse. Hablaron de sus familias, de las hazañas del marinero durante su noble contienda. La mujer del vestido azul se sintió un poco culpable, pero hasta ese momento, pensó, valió la pena. El marinero le pidió con grandes disculpas que le prestara el baño, en realidad era para

TRES POEMAS

SALVADOR
GALLARDO (EL HIJO)

• •
Poema mecánico I

Ésta es la última ronda
que hace la luciérnaga.
Es el primer relámpago
del gallo.
A esta hora el reloj se duerme.
Te sueño tan despierto,
tan dormido te pienso.
País del exiliado:
¿en dónde te florecen las fronteras?
El silencio hurgando en la hielera
se ha congelado.
¿Por qué las hojas no se visten
con su marzo aéreo?
Grito y olvidé tu nombre,
lloro y en el buró
mis párpados
se fugan a las manos.
A mí, a mí el árbol
pero si está mudo
y en su rama el fruto
del ahorcado.

1957, México, D. F.

• •
Poema mecánico II

Las hormigas del tacto
llevaban hojas de brisa
por la canícula de la cama.
Luego cayó el ladrido
del último sueño
y despertó sobresaltado
el sombrero clavado en el perchero;
mientras los maniqués
se rascaban los tornillos
a un ritmo de rumba
arrabalera.
Adiós, gritó
la una de la mañana
agitando su mano fluorescente
en el reloj,
a tiempo de vestirse
con el traje prestado
de las dos.
Adiós...

28 de julio de 1956, México, D.F.

• •
Poema mecánico III
Los Sueños

Mientras leía un libro de poemas
me clavó su jeringa hipodérmica el sueño,
enfurecidos torrentes de morfina
tomaron mis ojos por asalto.
Mis párpados cayeron como pesados telones
de un teatro frívolo
y en un desorden lógico de hormigas tentaleando
con frágiles antenas, treparon a mi cerebro
los deseos y los temores reprimidos.
Mi bajo vientre,
como hiena insaciable, atada a un árbol,
cansada de morder el vacío, destruyó su sombra.
Qué infinito es el lecho del soltero,
qué cruel la noche,
la noche es la alcahueta que abre las ventanas,
ayudada por el viento,
para escombrar los cuartos
con olor a cabello húmedo, a sudor y a huerto.
y para que entre la luna descalza
a recorrenos con su lengua fría,
desde los pies a la almohada;
mientras un rebaño de delfines ciegos
se asfixia entre estertores en la playa.
Estertores de la muerte,
que gime, empuja y que trata
de probar si el sastre le hizo
nuestro esqueleto a su talla.
Los sueños son la compra
de una muerte en abonos.

28 de julio de 1956, México, D.F.

leer la carta más detenidamente. Ella le dijo que estaba arriba, dentro de la habitación principal, un apagón los había dejado con la luz de la chimenea y unas cuantas velas, con una vela lo guió hasta el baño, pero antes de que se decidiera a entrar y aún antes de que ella bajara las escaleras de nuevo un arrebató los llevó a besarse en la oscuridad. La vela cayó y se apagó con un sonido de ahogo. No supieron cuánto duró ese instante, ella pensaba 'Detente, instante; eres tan bello' pero de pronto un pie desnudo aplastó fuertemente un papel que yacía en la cama, extendido en su totalidad. Él pidió una disculpa y ella no prestó atención, cuando, sin darse cuenta, el marinero veía sorprendido a la mujer que no tenía puesto su vestido azul.

La mañana siguiente despertaron muy temprano, el sol aún no salía. El marinero tenía que irse de inmediato, pues según nuevas noticias debía regresar cuanto antes a la guerra contra la hambruna. La mujer del vestido azul se calzó sandalias y lo acompañó a la puerta, todavía sin comprender lo que había sucedido y por qué el corazón le pesaba tanto, como plomo. La chimenea humeaba todavía con un suave olor a humedad y a concreto. Le preguntó a dónde vas, con un nudo en la garganta y con su corazón cien años más viejo. Él respondió: 'A Birmania'.



Cuatro caras de la virtud, Cristina Francov

SUSPIROS DE AZUCENA

Laura Trujillo •
Muriel •

- ¿El sacristán?
- No.
- ¿El diácono?
- ¡Que no!
- ¿El padre Roberto?
- ¡Ay, no, Estela, no!

Se te cae el plato al suelo y se hace pedazos. Ahora sí se pasó, sabes que siempre es igual de insidiosa, que siempre es ella la de los chismes, pero esta vez no quieres decirle la verdad; no porque te asuste que digan que has sido tú la que corrió el rumor, sino porque la escena no te queda muy clara todavía.

Estabas concentrada en morderte las uñas, cuando diste vuelta en la esquina, ibas a casa de Doña Rebeca, a darle su barrida de los martes, cuando viste esas dos sombras forcejeando en el marco de la puerta del dispensario; por un momento te atreviste a pensar que era el diácono –como bien sospecha Estela– pero luego de fijarte bien, se te hizo conocido el porte; a la primera sombra la hubieras identificado en cualquier sitio, era Rosa, la hija del boticario, que furiosa salió por el otro lado de la calle; la segunda sombra era la que te hacía santiguarte cada media hora cuando te acordabas.

Estela se iba a quedar ahora en la casa hasta que le dijeras la noticia completa, por eso es que nadie la invita a tomar café, porque de seguro será una conversación larga y molesta. Te inclinas para recoger los pedazos del plato, revisándolo te das cuenta que es uno de los de la vajilla de tu tía Diana, te muerdes el labio y reniegas por dentro, era una vajilla de porcelana fina traída de París cuando tus bisabuelos se fueron de luna de miel, ahora estará incompleta y ni cómo conseguir un plato parecido. Suspiras sabiendo que Estela te mira mientras se lleva a la boca el segundo bocado de pastel de elote que le invitaste por educación, el sol que entra por la ventana denota que es tarde y que si no te das prisa, Doña Rebeca se va a enojar por tu retraso.

- Estela, tengo que ir con Doña Rebeca, hablamos luego.
- Pero, es que no me dijiste quién era.
- Ni te lo voy a decir.
- ¡Ah, no! A mí los chismes completos Azucena.

-¡Cuáles chismes completos!... yo no soy una argüendera como tú, si te conté fue nomás porque me viste rara y me sonsacaste las cosas... haz el favor de irte que luego hablamos.

-Pero, Azucena...

-¡Pero nada!... anda que tengo prisa... llévate el pedazo de pastel, te lo acabas en tu casa, como te acabas a María la de la tienda.

-¡Azucena!

-¡Tengo prisa, Estela!... ¡Tengo prisa!

Sí, le cerraste la puerta en la nariz con toda la mala educación que tus hermanos aluden a tu padre, pero no te importa, tienes cosas más importantes que hacer; tomas el libro de oraciones, el rosario de mamá y la bolsita con las velas, el huevo, el aceite y las ramitas de huizache. Corres a la puerta, cierras como siempre, simulando que has puesto el seguro, porque como papá decía: *No hay casa más segura que la que se queda abierta, con todas las trazas de estar cerrada.* Llegando a la esquina de la botica alcanzas a ver a Rosa, que pesa en la báscula lo que parece ser harina, te mira sonriendo y hasta levanta la mano para saludarte, se te hace imposible que tenga tu misma edad, con esos senos cuatro copas más grandes que los tuyos y esa forma de besar.

Levantas la mano para saludarle, le dedicas una cándida sonrisa y echas a andar con más fuerza todavía, es una fortuna que no se te escaparan los nombres de las dos sombras, porque seguramente Estela ya los habría difundido y Rosa, lejos de saludarte, te estaría partiendo el hocico.

Miras el reloj del campanario, vas con dos minutos de retraso, aprietas el paso decididamente y te cruzas en el camino de don Ramiro, el lechero, que anda en su carreta todavía acabando de repartir los quesos; cuando te pregunta si vas a querer cuajada, le dices que sí, que pase a dejarla mañana y le pagas el domingo. Chuchito, el pequeño de Don Alejandro el herrero, sale de la casa de Patricia, llevando en las manos un piccito de ruda, porque seguramente su mamá la ocupa para algún tecito especial. Como si de una maldición se tratara, al pasar frente a la Primaria te llevas el dedo a la boca y empiezas a morderte la uña, te pones rígida y aceleras el paso; siempre es lo mismo, no puedes quitarte el pánico cuando ves la ventana de la Dirección, cuando ves esas cortinas, esos vidrios, esa luz...

Das vuelta en la esquina, pensando que definitivamente no vas a llegar a tiempo y que Doña Rebeca se va a enojar de más; el sonido de tus pasos es hueco, insistente, estiras la pierna para saltar el hoyo que hay en el cemento frente a la bodega de la iglesia, cuando unas manos te presan por la cintura y te atraen contra la puerta del dispensario. Son unas manos delgadas, suaves, tibias, que te envuelven con unos roces sigilosos y absorbentes, oyes la respiración agitada y cuando te vuelve hacia sí, ves sus ojos negros de largas y onduladas pestañas, caes en la cuenta de que sí es quien pensabas y casi sonríes triunfal al confirmarlo; te presiona contra el muro, llevando sus manos por tu

cintura hacia arriba, hacia tus senos, con una suavidad desesperante; no sabes si sentir miedo o gozo, porque a tus 20 años, nunca nadie te había tocado así.

Sientes el candor de su cuerpo, el roce de sus manos y sus labios sobre tu cuello, se te eriza la piel al punto que tienes la apariencia de una gallina desplumada, sonríe, sonríe anhelante; te aborda más la excitación cuando sientes su pecho pegado al tuyo y se te nubla la vista cuando muerde el lóbulo de tu oreja, se te va el aire y sueltas la bolsa de tus instrumentos de trabajo. No sabes por qué, pero levantas las manos que permanecían pegadas al muro, crispadas, y buscas sujetarle la cabeza; cuando lo logras reacciona con temor e intenta alejarse, pero le besas, le muerdes los labios de manera sorpresiva y sientes que se estremece irresistiblemente.

-¿Qué pasa ahí?

Se han quedado esperando, se miran sin saber qué hacer, te dan ganas de tomarle la mano para que no se asuste y calmar las cosas, darse su tiempo para pensar lo que pasa, pero sus ojos se han puesto a temblar nerviosos y no se detienen a mirarte como quisieras.

-¡¿Qué pasa?!

Esta vez se ha sacudido de pies a cabeza, presurosamente toma la manija de la puerta y la abre con tropiezos; sin saber por qué, llevas tu mano a la suya en el pomo de la puerta y la sujetas antes de que entre, se vuelve; no puedes decir nada, la garganta no te da para nada y apenas atinas a suspirar. Desorbita los ojos, el suspiro le ha causado algo que no puedes entender, casi piensas que se pondrá a llorar, porque sus ojos se ponen vidriosos. Tragas saliva y oyes los pasos que vienen, le sueltas y de un paso se mete en el dispensario, para cerrar luego con tanta suavidad, que nadie ha escuchado el ruido.

-Azucena...

Miras los ojos del sujeto ante ti, es Gonzalo el hijo de Doña Rebeca, que seguramente ha salido a buscarte por orden de su madre; te mira sorprendido, no es para menos, llevas la blusa levantada a media panza, el cabello revuelto y los ojos desorbitados, mientras sigues suspirando, porque no puedes gemir o hacer otra cosa. Se acerca presuroso.

-¿Estás bien?

Asientes con lentitud, mientras sales del marco de la puerta, te parece mentira que hayan pasado tantas cosas en tan poco tiempo, Gonzalo

te toma con cuidado y te lleva a su casa sin decir nada; te sienta en la sala y te da un vaso con agua, tú todavía no puedes dejar de pensar en lo ocurrido, en que de verdad hayas tenido razón al pensar que esa persona era la que había agredido a Rosa, ahora el problema es que tú eras la nueva víctima, o victimaria.

Te repones con facilidad cuando logras suspirar un par de veces más, atiendes como debes a Doña Rebeca y cuando Gonzalo te pregunta por lo que ha pasado frente al dispensario, te limitas a decir que sufriste un mareo, él te mira renuente, no te cree ni media palabra y tiene razón en hacerlo, tú tampoco te crees. Al fin admites que pudo haber sido un ataque, uno de esos que le daban a tu hermano Javier; Gonzalo, conocedor de esa situación, se pone lívido y te abraza con fuerza, no sabes qué decirle, porque su abrazo es tan frío que borra el rastro de lo ocurrido minutos antes y ahora sí te da pánico. Te pide que te cuides y te acompaña hasta la Primaria, ahí te vuelve a abrazar y contiene la respiración para que su aroma no reemplace al otro, pero no lo logras, se te está esfumando el perfume de encierro, de silencio y seriedad; sigues sola rumbo a casa, con la mirada clavada en el suelo, al pasar frente a la iglesia, el campanario te saca de tus pensamientos revueltos, al volverte a la puerta, alcanzas a ver tres figuras, el padre Roberto, el diácono Juan y la hermana Gabriela.

El primero es un hombre de unos cincuenta y tantos, rígido y serio como no has visto otro, con unos ojos azules acabados por la lectura y la reflexión de la palabra de Dios; el segundo es un joven risueño y jactancioso, de cabellos ralos y despeinados, más enfocado en buscar buenas amistades que en salvar almas. Pero la hermana Gabriela es ahora quien se gana tu atención total, una mujer hermosa de unos 26 años, piel blanca, rostro dulce, mejillas sonrojadas por un acaloramiento que de pronto no comprendes, sus ojos negros de pestañas rizadas perfectas se han vuelto hacia ti en un fugaz momento. Sus miradas chocan, tus ojos la escrutan, los suyos tiemblan, parece estar esperando algo, quizá que corras o que grites, tú te limitas a suspirar.

Sigues tu camino sintiendo su mirada, llegas a casa luego de unos pasos, abres la puerta con cuidado; al cerrar aún distingues su figura en el pórtico de la iglesia, con su hábito y sus manos entrelazadas sobre el regazo; te atreves entonces a levantar un poco la mano, mover los dedos en un gesto que podría pasar por un saludo, ella asiente dulcemente, con una sonrisa suave y casi inexistente. Tal vez la has imaginado.

Cierras sin poner seguro alguno, vas a la cocina con la idea de preparar café, va a ser una larga noche, sobre todo considerando que no eres precisamente creyente; te sientas a mirar por la ventana mientras tejes una servilletita con aguja de gancho para una mesa. Al caer la noche, oyes pasos en el zaguán, sonríes, la puerta tenía *todas las trazas de estar cerrada*.

Camminos PARALELOS

Esbozo histórico comparado entre el español y el italiano

La lengua es en esencia movimiento, cambio y variación. Las lenguas que actualmente están en uso tienen una historia llena de cambios y obtienen su vitalidad al acompañar a los diversos grupos de hablantes en sus transformaciones culturales o históricas. Se percibe la riqueza de un idioma al estudiar sus variantes geográficas y sociales. El alcance de la habilidad comunicativa del hombre ha sido explicado por el último genio de la lingüística, Steven Pinker, al afirmar que:

Una lengua común conecta a los miembros de una comunidad con una red de información compartida con unos formidables poderes colectivos. Cualquiera se puede beneficiar de los toques de genialidad, los golpes de fortuna o el saber espontáneo de cualquier otra persona, viva o muerta. Además las personas pueden trabajar en equipo, coordinando esfuerzos mediante acuerdos negociados. Como consecuencia de ello, el *homo sapiens* es una especie, que sin ser muy distinta de las algas marinas o las lombrices de tierra, ha originado cambios perdurables en este planeta¹.

Reflexiones similares se llevan a cabo constantemente en las clases de lingüística de nuestra universidad; temas sobre la conciencia lingüística y el establecimiento de relaciones de poder, la fluctuación ortográfica en el español mexicano, y la historia del idioma castellano y su parentesco con otras lenguas romances reflejan el interés de los jóvenes por conocer más sobre el idioma, tanto en su evolución histórica como en su aspecto sincrónico.

Como la mayoría de los alumnos de nuestra universidad toman cursos de alguna lengua extranjera, he considerado interesante presentar un pequeño esbozo histórico de dos lenguas emparentadas: la española y la italiana; pero no sobre su evolución lingüística, que para tal empresa se necesitan varios doctorados y muchas vidas. Sólo intento compartir algunos aspectos culturales que han logrado que las lenguas en cuestión posean su estatus como lenguas frente a otras del mundo.

Hasta el día de hoy, conocemos que el español y el italiano actuales tienen su origen en variantes geográficas del latín vulgar. En Italia, la latinización no fue un hecho uniforme, sino “*un fatto eminentemente popolare, frammentario, inculto*”². Y las pruebas de este latín se encuen-

tran en las correcciones de las gramáticas latinas, en inscripciones y en la presencia actual de los diversos dialectos emparentados. Así fue como se originaron dialectos surgidos del latín vulgar en toda la península itálica que conocemos hasta el momento: el toscano, el véneto, el friulano, el romano y el siciliano. Sin embargo, durante la historia posterior no todos correrían con la misma suerte ni gozarían del mismo prestigio.

Dentro de estos dialectos, el toscano es el que guardó una distancia más cercana con el latín clásico, manteniendo sobre todo un léxico extenso y variado; y se conservó alejado del latín gálico de casi toda la Italia septentrional y del latín umbro sanítico (meridional y central).

Durante ese periodo aparecen las primeras palabras que anuncian el “italiano” y que se refieren a la vida cotidiana y familiar de los habitantes de la península, quienes tomaban términos latinos y los deformaban según su pronunciación. Dentro de esta evolución aparecen los primeros textos escritos en lengua vulgar, se trata del poema *Gesta Berengarii* y de algunos ejemplos en un código de la Biblioteca capitular de Verona.

El estudio de la historia de la lengua española marca su inicio con las invasiones de los ejércitos romanos sobre la península ibérica durante la extensión del imperio. Tras la romanización vendrá la invasión de los pueblos del norte de Europa desde el 409 y consiguió una nueva aculturación. A este periodo se le conoce como la España visigótica, que comprende poco más de trescientos años (409-711). Los visigodos, como los romanos, también portaban su cultura y lengua particulares; y enriquecieron nuestra lengua; principalmente aportaron voces topónimas, nombres y palabras referentes a la guerra. Otro aspecto muy importante fue la aportación de una épica primitiva a nuestra literatura y las características de este género.

El final de la era visigótica se marcó a la llegada de los árabes a la península, cuando el último rey visigótico –llamado Rodrigo– intentó enfrentar la invasión de los árabes, lo que terminó en la famosa derrota de la Batalla de Guadalete ganada por el ejército árabe y bereber comandado por Tarík. Para el año 718 casi toda la península se encontraba bajo la dominación árabe, y esta etapa fue la más larga en la historia de las dominaciones: más de siete siglos. Durante todo este tiempo fue mucha la influencia de los árabes en la cultura hispánica, visible en las edificaciones del sur de España, la gastronomía, música, jardinería, joyería, alfarería, economía y las ciencias.

Pero esta época no duró mucho, los pueblos del norte de procedencia goda (los mismos del rey Rodrigo) rompieron la paz al comenzar lo que se conoce como guerras de reconquista. Esto es, la recuperación del territorio árabe de España en manos de los ejércitos de los reinos cristianos del norte.

Con este acontecimiento se marca una nueva etapa en la evolución del español, en donde se daría forma a todos los componentes mencionados anteriormente para establecer poco a poco la lengua nacional.

Mientras en la península hispánica se anunciaban tiempos de guerra; en Italia se gozaba de cierta tranquilidad, lo que favorecía el desarrollo

1 Steven Pinker, *El instinto del lenguaje*, Alianza Editorial, México, 1995, p. 17.

2 Giacomo Devoto y María Luisa Altieri, *La lingua italiana: storia e problemi attuali*, Edizioni RAI, Torino, 1968, p. 13.

de otras actividades como el comercio y el florecimiento de la cultura. Las cortes italianas, primero la Siciliana y luego la de Venecia, cada vez más ricas, impulsaban la literatura regional escrita en los dialectos locales; y al final del siglo XIII, la región toscana comenzó a gozar de popularidad y riqueza económica, lo que atrajo a artistas que buscaban lugar para desarrollar su arte.

Dentro de la tradición poética y de la teoría lingüística aparece Dante Alighieri con su defensa por el vulgar, problema que reflexiona y trabaja con gran empeño. Dentro de su *De vulgari eloquentia* (cerca del año 1308) expone su postura sobre la cuestión de la lengua. La primera polémica es la defensa de la lengua vulgar ante el latín, pues la define “como piú nobile del latino perché preso da natura e non imparato per arte” (como más noble que el latín porque fue tomada al natural y no aprendida por arte)³. La segunda afirmación es la preferencia del vulgar regional ante el francés y el provenzal, que para entonces tenían mucho prestigio en Italia.

En este tratado, Dante realiza un minucioso estudio dialectal, en el que menciona la existencia de catorce vulgares de los cuales el boloñés ocupa el lugar más alto debido a su suavidad y elegancia, mientras que el romano se encuentra en el lugar más bajo, y ni siquiera menciona el siciliano. Hace mención también de un “vulgar ilustrado”, que no es sino un ideal que podría ser usado dentro de la literatura. Sin embargo, Dante no persiguió este objetivo sistemáticamente; la misma *Divina Comedia* debía estar escrita bajo este ideal, pero a final de cuentas se trató de una mezcla con la base del dialecto florentino, algunos latinismos y otros dialectos.

Aun así, con su obra fundó los inicios de una lengua que posteriormente serviría como modelo para construir la lengua nacional. Pero queda la pregunta acerca de la elección del florentino por Dante para la realización de la *Divina Comedia*; Giacomo Devoto menciona tres razones que explican esta elección. La primera es de orden político, el dinamismo de la ciudad tras su victoria en la batalla de Campaldino en 1289, lo que derivó en un gran desarrollo económico de Florencia dentro de la región toscana, por lo que dejó de ser una ciudad alejada y vieja. La segunda es la posición geográfica de Florencia en el centro de Italia, donde “Un modello di lingua letteraria poteva irradiare senza superare ostacoli troppo numerosi o lontani” (Un modelo de lengua literaria podría irradiarse sin enfrentar múltiples obstáculos)⁴. La tercera razón es de tipo funcional, consistía en que, siendo lejana ya del latín, la base florentina contenía numerosas palabras cercanas a esta lengua que eran necesarias para el desarrollo de textos literarios y técnicos con las cuales el vulgar aún no contaba.

Con el siglo XV comienza la lucha por elevar el estatus del dialecto florentino, y a partir de 1414 se da el carácter obligatorio al uso del vulgar local en los tribunales comerciales. En ese mismo año aparece el *Certame Coronario*, el cual era un debate poético que intentaba darle posición

3 *Ibid.*, p. 37.

4 *Ibid.*, p. 43.

al vulgar. Allí aparece un texto de Leon Battista Alberti, el *Trattato della famiglia*, e intenta crear con su escritura un vulgar a un nivel elevado pero liberado de latinismos y abierto a los vulgarismos.

A partir de entonces aparecerán muchos textos de temas variados escritos en lengua vulgar, con lo cual esta lengua dejaría de ser sólo un dialecto prestigioso para iniciar la tradición literaria de la lengua italiana. Leonardo da Vinci escribe su *Trattato sulla pittura* empleando formas populares; Lorenzo il Magnifico logra desarrollar estructuras sintácticas similares a las de Dante. Pero fue la imprenta lo que originó un vertiginoso crecimiento en la difusión del toscano y el florentino en particular. En 1470 aparecen ediciones de la *Divina Comedia* de Dante y el *Canzonero* de Petrarca; con ello comienza la estabilidad ortográfica imponiéndose por toda la región. Para entonces, en Roma ya el toscano era muy apreciado dada su producción literaria, y el romano se tenía cada vez en menor estima al representar un nivel social bajo.

Con la enorme difusión del florentino, se inició nuevamente la batalla sobre cuál era la lengua que debía ser usada como modelo ilustrado; el latín ya se encontraba en desuso y su empleo generalizado sólo ocasionó irregularidades. Por lo que se debía encontrar una lengua reconocida por todas las clases sociales y se debía difundir por toda Italia. Entonces, Pietro Bembo en su *Prose della volgar lingua* (1525) propone que esa lengua sea el vulgar, propiamente el florentino; pero el modelo debía ser tomado de los escritos de Dante, Petrarca y Boccaccio. Junto con las teorías de Bembo, aparecen los escritos de Machiavelli bajo este ideal; y la primera gramática toscana *De la lingua che si parla e si scrive in Firenze* (1551) de Pier Francesco Giambullari.

Otro hecho importante fue el reconocimiento de la Academia Florentina en 1541 con el decreto de Cosimo I, y su tarea era traducir todo texto sobre cualquier disciplina al toscano. Posteriormente, en 1583, se declara oficialmente el nacimiento de la Accademia della Crusca, la cual es el equivalente de la Real Academia de la Lengua Española; y en menos de 30 años ya había realizado el *Vocabolario degli accademici della Crusca*, cuya primera edición sale en Venecia en 1623.

La situación de España fue muy distinta en esos siglos, el contexto bélico retrasó, con relación a Italia, el desarrollo de los dialectos hasta alcanzar un estatus literario. Eso no significa que nada haya sucedido en todo ese lapso de tiempo, por el contrario, estos hechos históricos brindaron nuevas fuentes para la evolución lingüística de España.

La cultura guerrera desarrollada en aquellos años trajo consigo elementos lingüísticos fundamentales, como los nombres de los reinos: Castilla que en aquellos tiempos significaba “pequeños campamentos militares” y León recuerda a las legiones o acuartelamientos. También se germina un género muy español: la épica, la cual tuvo su inspiración en las leyendas que se contaban acerca de sus guerreros cuando éstos se encontraban en batalla.

La fuerza del Castellano ha ido siempre de la mano con su momento histórico y su producción literaria. Cuando la euforia de los reconquistadores se encontraba en su punto más alto se produce una leyenda que da origen al texto que reconocemos hasta nuestros días como el

primero en la historia de la literatura española: *El cantar de mio Çid*, en donde se narran las luchas entre los reinos de Castilla, León y Aragón, y las batallas contra los árabes.

En el siglo XIII ya existían en España una gran variedad de textos de diversos géneros, escritos en su mayoría en romance; pero como no existía ningún sistema único de escritura había una gran vacilación y excesiva concurrencia de formas. Así, la variación lingüística y dialectal se convertía en un problema al querer escribir todos esos sonidos y formas propias y extranjeras. Las dudas se encontraban en todos lados, principalmente en las grafías de los sonidos sibilantes, de los palatales y de las labiales (entre la *u*, la *b* y la *v*). La escritura era caótica, no había reglas para la separación de palabras, la posición de artículos y pronombres, el empleo de los verbos, la subordinación y la variedad léxica estaban por doquier.

Para fortuna de la lengua española, llegó al panorama uno de los personajes más queridos y respetados (incluso hasta nuestros días), del pensamiento y la cultura españoles, me refiero a Alfonso X, el Sabio, quien durante su reinado (1252-1284) logró dar un lustre nuevo y floreciente a la lengua, la literatura y cultura de su pueblo. Recogió la tradición famosa de la “Escuela de Traductores de Toledo”, y reuniendo gente sabia y letrada de todos los orígenes, se impuso como tarea dar a conocer a Occidente la cultura oriental heredada en textos que traducía del árabe y del hebreo.

El trabajo de los traductores de las escuelas fundadas y apoyadas por Alfonso X fue resolver poco a poco las graves vacilaciones lingüísticas, y especialmente en la escritura, y así lograron la normalización de grafías. De igual manera, adoptaron el vocabulario y la sintaxis para lograr la representación más clara de ideas nuevas o complejas. Se crearon neologismos, nuevas conjunciones y partículas diversas. Este primitivo pero muy extraordinariamente correcto castellano, se refleja en obras de D. Juan Manuel, del Arcipreste de Hita y otros autores que se vieron favorecidos por la famosa Reforma Alfonsina.

Pero el crecimiento de la lengua y literatura españolas no quedó allí; gracias a la conquista de Nápoles por Alfonso V y el conocimiento de las obras de Dante, Petrarca y Boccacio, así como la revalorización de escritores greco-latinos; la oleada del humanismo italiano llegó hasta España para tomar tintes propios.

Lingüísticamente se admiraba el latín, y se introdujeron a un formato castellano nuevas voces latinas que se conocen como *cultismos*, se creaban nuevos procedimientos estilísticos que afectaban el nivel sintáctico como el hipérbaton. De esta influencia se originaron obras como las del Marqués de Santillana, la del Arcipreste de Talavera y la cumbre de este periodo marcada por *La Celestina*.

El hecho político de la unión de las coronas aragonesa y castellana con el matrimonio de los Reyes católicos (1479), la recuperación de Granada, la expansión española en el mediterráneo y el “descubrimiento del nuevo mundo” dieron a España el lugar de potencia que dominaba, si no el mundo, sí gran parte de él. La lengua de “los españoles” se iba expandiendo por toda Europa los embajadores españoles en el

senado veneciano podían hablar en su lengua. El español se imprimía por todos lados, en libros, diccionarios, gramáticas y otros textos. Abundaban por Europa maestros de español y las comedias escritas en España se representaban en otros países. Incluso Carlos V imprecó a un embajador que no sabía hablar español. Fueron grandes siglos para la lengua y cultura de España; no por nada se les conoce como “los siglos de oro”, quizá los más grandes en la historia de esta nación.

Entonces se produjeron muchas gramáticas, pero la más importante de ellas, por su contenido, momento histórico y dedicatoria es la de Nebrija. También se observaron factores interesantes como la revalorización y estudio de las lenguas vulgares, la evolución de la lengua hacia una etapa más estable y la extraordinaria floración de la literatura con autores tan brillantes como Cervantes, Góngora, Lope de Vega y Quevedo, Boscán, Tirso de Molina, Juan Ruiz de Alarcón, Calderón de la Barca, Lope de Rueda, González de Eslava, Enzina, Gutierre de Cetina y otros. Todos estos autores aún brillan como la mayor gloria de España y sus textos siguen siendo novedosos, grandes y dignos de cientos de estudios.

Desde la aparición de la Gramática de Nebrija hasta el siglo XVII, muchos fueron los cambios que sufrió el español para ir readaptando sus formas a las necesidades de los hablantes. Se adaptaron muchos americanismos al Castellano debido a la conquista de los pueblos encontrados, evangelizados y adaptados a una nueva cultura. Se dieron cambios en todos los niveles de la lengua: fonéticos, sintácticos y léxicos. Del mismo modo, estas variaciones no sólo se veían en España, sino también en las distintas regiones de América que poco a poco iban tomando forma propia.

Así como los años de invasión árabe y batallas de reconquista habían retardado el desarrollo literario de los dialectos hispanos; la falta de unidad política en Italia causó la imposibilidad de una unidad lingüística a pesar de la gran cantidad de textos literarios producidos desde Dante hasta el siglo XVIII. Fue gracias a la invasión napoleónica en Italia como se logró cierta unidad política, pero para formar parte del imperio francés.

Es obvia una influencia de la lengua francesa en Italia y en los dialectos existentes en la península; palabras con acentuación aguda como *libertà*, *società*, *amabilità*, *especialità*, demuestran esta influencia. Sin embargo, la lengua francesa no fue aceptada por completo en Italia, “*la rigidità dell’ordine lógico delle parole, la povertà delle sue derivazioni, la mancanza di diminutivi e superlativi, l’impossibilità di distinguere lingua poetica e lingua prosastica*”⁵, fueron algunas de las causas de este rechazo.

Otro factor que colaboró con la defensa del italiano fue el gran número de gramáticas normativas que, junto con la Accademia della Crusca, cuidaban y formaban la lengua que ya llamaban “lingua italiana”. Entre estas gramáticas se encuentran la *Dell’uso e dei pregi della lingua italiana* (1791), de Gian Francesco Galeani Napione; el *Saggio*

sulla lingua italiana (1800) de Melchiorre Cesarotti; la *Dissertazione sullo stato presente della lingua italiana* (1811) de Antonio Cesari; y *Regole elementari della lingua italiana* (1833) de Basilio Puoti.

En el siglo XIX aparecen dos grandes escritores que darían nuevas fuerzas a la lengua italiana de tradición literaria, Giacomo Leopardi y Alessandro Manzoni. El primero, poeta, empleaba las formas más correctas de la lengua con un ritmo y estilo depurado y fresco. El segundo se dedicó a las cuestiones de la lengua que ya en una carta a su amigo Fauriel anticipaba los problemas con los que se enfrentaría el italiano para su difusión, mencionando entre las causas la división política de Italia y la visible diferencia entre las clases sociales.

Tras su independencia del imperio francés en 1861, Italia finalmente se unió como una nación bajo la monarquía constitucional de Victor Emmanuele II. Diez años después Roma sería proclamada como la capital de esa nueva nación. Pero en 1920 Italia comenzaría uno de los periodos más polémicos de su historia: el control fascista bajo el régimen de Benito Mussolini, quien ciertamente fue un duro y criticado dictador, pero que logró mantener unida a Italia durante los años de las dos Guerras Mundiales.

FUENTES

ALATORRE, Antonio, *Los 1,001 años de la lengua española*, FCE, México, 1989.

DEVOTO, Giacomo y Maria Luisa Altieri, *La lingua italiana: storia e problemi attuali*, Edizioni RAI, Torino, 1968.

DE MAURO, Tullio, *Storia linguística dell'Italia unita*, Editori Laterza, Bari, 1972.

LEPSCHY, Anna Laura y Giulio Lepschy, *The Italian Language Today*, Routledge, London, 1988.

PINKER, Steven, *El instinto del lenguaje*, Alianza Editorial, México, 1995.

SOBRERO, Alberto (ed.), *Introduzione all'italiano contemporáneo. La variazione e gli usi*, Editori Laterza, Bari, 1999.

QUETGLAS i NIOLAU, Pere, *Elementos básicos de filología y lingüística latinas*, Edit. Teide, Barcelona, 1985.

Un LIBRO DESUNITARIO

Geney Beltrán Félix

Habla de lo que sabes



Jus

[Geney Beltrán Félix,
Habla de lo que sabes,
Jus, México, 2009, 154 pp.]

ROBERTO •
BOLAÑOS GODOY •

I.

Hace ya más de un año leí en el número 129 de la revista *Crítica*, una reseña de Gabriel Wolfson sobre *La noche caníbal* de Luis Jorge Boone, en la que refería lo siguiente:

Casi todos en algún momento hemos caído en la simpleza de elogiar un libro por su unidad, apelando a ejemplos como *El llano en llamas* o *Ficciones* y contribuyendo así al gran mito de los libros de cuentos unitarios (lugar común, por cierto de los dictámenes de premios). Pero resulta que casi todas las publicaciones que nos rodean enseñan esa unidad, dada por el estilo, el tipo de narrador, la extensión de los textos o, con mucha mayor frecuencia, por el tema, ante lo cual se concluye: o la unidad del libro de cuentos se da fatalmente (basta que los escriba la misma persona y, por decir algo, en un lapso no mayor a cinco años) o conseguirla no representa mérito alguno (en todo caso, lo que en verdad nos hablaría al menos de destreza técnica sería un volumen cuyos cuentos fueran notablemente distintos entre sí).

Para tales argumentos bien podrían decirse muchas cosas en réplica, por ejemplo: que la evolución de la literatura ha superado desde hace mucho la idea de libro de narraciones como recopilación arbitraria de textos que encuadren en lo que por convención se atribuye a “cuento”,

los cuales lo irán conformando según el ritmo y sucesión en su escritura, independientemente de su inconexión mutua. Que hoy en día un escritor no puede darse el lujo de conformar un libro de cuentos bajo las mismas pautas que, verbigracia, Villiers de L'Isle-Adam en su momento, puesto que ya no operaría con la misma efectividad frente al lector. Que es cierto lo que refiere Wolfson sobre la unidad implícita en la obra y subordinada al autor, su estilo, y el lapso de la composición de las piezas que la comprendan, pero que eso ya no resulta suficiente; la razón podría ser simple: las lecturas de Rulfo y Borges vuelven al lector caprichoso y exigente, esperará mucho más de aquello que lee.

Podría yo afirmar también que no apelo a los libros unitarios por cuestión de moda, sino porque creo que los textos deben ya sea buscarse y dialogar entre sí, o girar en torno a un tema, motivo, ambiente o idea y que lo agoten; como sea pero que como conjunto le reclamen al lector su desciframiento. Que Joyce, Cortázar, Elizondo, Zepeda, más recientemente la escritora Guadalupe Nettel son algunos pocos nombres de artífices que han apostado por este procedimiento con excelentes resultados.

Podría decir esto y más, pero primero: descreo de la prescripción de cánones; y segundo confieso que me parece más interesante la provocadora idea al final del citado fragmento de Gabriel Wolfson: la disparidad deliberada en un volumen de relatos.

El libro que interesa en esta ocasión ha eludido la artimaña posmoderna de la unidad. No lo veo como una virtud, tampoco como una carencia, los juicios extremistas de la literatura se los reservo a las potestades de la crítica literaria nacional. Lo veo como un rumbo escogido durante la composición, como con cualquier otro procedimiento literario, que si bien medular; puesto que determina la estructura de la obra, estamos de acuerdo que no importa la complejidad del entramado unitario, ésta no compensará nunca que los cuentos no se sostengan por sí mismos.

II.

Como lector siempre he tenido la costumbre (no sé si buena o mala, o simple manía) al tener un libro en las manos por primera vez, de empezar leyendo el último párrafo de la última página. Me da la sensación de que eso acrecienta el misterio de lo que leo, me induce a una búsqueda del sentido completo de esas líneas finales leídas prematuramente. La lectura de esta obra no fue la excepción, lo que me llevó a leer desde un inicio –y de seguro contra el efecto que el autor quiso conseguir–, el fragmento, mitad epígrafe, mitad epílogo, de *Extracción de la piedra de locura* de Alejandra Pizarnik; desoladoras, las mencionadas líneas dicen:

Pero no hables de los jardines, no hables de la luna, no hables de la rosa, no hables del mar. Habla de lo que sabes. Habla de lo que vibra en tu médula y hace luces y sombras en tu mirada, habla del dolor incesante de tus huesos, habla del vértigo, habla de tu respiración, de tu desolación, de tu traición. Es tan oscuro, tan en silencio, el proceso a que me obligo. Oh, habla del silencio.

El fragmento remite sin mayor dificultad, valiéndose del notable modo imperativo, al tan extendido principio de la escritura de la “experiencia”, por llamarlo de algún modo, en pos no sólo de la verosimilitud textual, sino un compromiso del escritor para concretar la honestidad de *su expresión* en congruencia consigo mismo; aquello que realmente quiere decir y debe hacerlo con total precisión, o como diría científicamente García Márquez, escribir con las tripas. ¿Habla de lo que sabes, de Geney Beltrán Félix, es un volumen donde el tema central es esa honestidad ideal del escritor?, yo lo consideraría poco preciso. El título no es una orden, es el principio por el que ha sido conformado, o por lo menos es la idea que el autor ha intentado transmitir.

III.

En realidad, los cuentos no están tan aislados entre sí como pudiera parecer. Tres en particular se acercan mucho a la idea cortazariana de la intrusión de un acontecimiento fantástico (entiéndase inexplicable, supranormal, etc.) en la “realidad”. En el primer cuento, “La celda en la ciudad” –alucinante como una noche en Silent Hill, opresivo como una pesadilla de Kafka– el personaje progresivamente se verá inmerso en un desconocimiento total por parte de las personas que conforman su cotidianidad, donde lo indefinido y desazón devoran al protagonista y lo arrastran hacia un inquietante clímax narrativo. En “Ese mundo de extraños”, un suceso anormal irrumpe en la rutina ordinaria y monótona del personaje, que al verse sin salida termina aceptando resignado la invasión incesante de inquilinos provenientes del baño del departamento que alquila. En “Hondonada” se conjuga la literatura: Omar, escritor en potencia que trabaja como mensajero; Montivont, agazapado en su retraída vida de escritor circunspecto; y una caminata sin rumbo que al final llevará a poner en duda, una vez más, las condiciones del mundo, esta vez más cercano a esos sueños extraños de los que agradecemos despertar muchas veces.

Caso diferente es “Keppel Croft”, donde acontece un adulterio cínico; lo completa el recuerdo del cuerpo de la prima Érica a través de las celosías, la joven de facciones finas cortadas en diamante que tanto se la recuerda y una asombrosa escena de sexo que no cae (afortunadamente) en la ridiculez. Aquí las identidades no están del todo claras,

los motivos tampoco, su final abierto proporciona un acertado efecto nuevamente por lo indefinido, como si el lector se perdiera solitario en un lago neblinoso sobre una lancha desvencijada.

Los cuentos crueles de este volumen son los que predominan por cuestión numérica, también por violentos, por intensos, a veces también por extensos. En “Los perseguidos” la paranoia de un personaje poco a poco proporcionará indicios de la relación entre los tres individuos centrales de la trama (Moreno Flores, Humberto y Porfirio), al final (por piedad, por desesperación, por lástima quizá) uno de los personajes confiesa el crimen que ha cometido sobre otro.

“Anoche soñé que volaba” es una de las narraciones de mayor extensión, entrecruza y alterna caminos de la misma historia (la de Joaquín empleado de supermercado, Joaquín obsesionado por la muchacha rubia, Joaquín que vende a su hermana por un arma de fuego, Joaquín y su hermana que inexplicablemente se desviste y queda absorta contemplando el agua del excusado, Joaquín a punto de cometer incesto, Joaquín al final asesino impredecible), juega con los acontecimientos y las perspectivas, presentando una historia intensa, compleja, sobrecogedora.

En “Perdonados por quién”, el autor no sucumbe a la barata imitación bumlatinoamericana del juego de redacción sin ningún respeto por las sangrías, las mayúsculas y la consecución sintáctica de una línea con otra, sino que despliega un verdadero caligrama narrativo, en el que el juego formal empata la ruptura discursiva con la recreación del momento de un terremoto en plena Ciudad de México; de ese modo, los edificios, los personajes y la estructura del discurso se tambalean simultáneamente, no así la efectividad del relato.

“La hija” es otro entramado progresivo, donde dos historias paralelas se entretajan, se complementan: la del escritor viudo (que explica el guiño rulfiano en el nombre de la hija), alcohólico, sobreviviente por casualidad de la explosión del avión que decide no abordar de último minuto, y al final asesino y fugitivo; también, precisamente la de la hija Luvina, adulta y niña, en busca de su padre cuando se entera de la explosión, que lo busca de nuevo donde se esconde por amor y preocupación, que soporta todo y se vuelve víctima.

De “Sara antes del fuego”, a pesar de tan bello título, en realidad se ve opacado por la mayoría de las historias ya mencionadas, aunque no deja de ser notable la recreación de la situación del padre y el hijo borrachos, machos los dos, y la recreación también de la madre sumisa. Los personajes no son planos y eso lo salva de la más vergonzosa falta que cualquier escritor puede cometer: pecar de ignorancia.

Finalmente, “El cuerpo de Sicrano” es otra interesante narración en que los acontecimientos se superponen; se interpelan las dos lí-

neas narrativas paralelas y mutuamente complementarias. La de la degeneración inevitable de María, la joven hechizada por la imagen enigmática del cartero anciano. La de Gabriel Sicrano, trabajador del servicio postal, escritor anónimo que solitario emprende la inquietud primigenia del artista, la de dejar huella, la de encontrar en la escritura la justificación de su paso por el mundo, y se topa de frente con la tragedia de escribir: sufre, siente la insatisfacción, la desesperación, la poca confianza en su propia obra que lenta avanza y tiene una sola lectora elegida por él. A los personajes los une entonces un vínculo silencioso: él le escribe, ella lo lee, y ambos llenan sus vacíos. Al final, la distancia gana terreno, la muerte también, peor aún la decisión de no ser leído nunca más por propia (e incendiaria) mano.

IV.

Como las historias son demasiado distintas entre sí, no sería justo generalizar. Puedo en cambio hablar brevemente de las constantes del estilo. Yo creo que la destreza de un autor empieza a medirse por su aplicación de adjetivos a sus sustantivos, y termina con los recursos para sostener la trama hasta el final, por la aportación en la forma, y la capacidad de doblegar el lenguaje para transmitir, para lograr el efecto deseado, para conmover, para sobrecoger. Geney Beltrán Félix logra abarcar ese abanico con una adjetivación efectiva (aquí un par de ejemplos al azar y las cursivas son mías: “Lo conducía hacia la cama, él se le hundía, *pavoroso, cárnico, negruzco...*”, o “era como si la cama fuese una llanura *inhospita* con agudos hilos *metálicos* esperando la *dócil* espalda y ante su rostro bufara un viento *astillado* por el frío”). Además, sus narraciones cortas no parecen precozmente concluidas dejándole esa sensación de estar incompletas o de la posible premura de concluir por parte del autor (tal como le pasa a muchos cuentistas), y sus historias más extensas no caen en el tedio o el alargamiento innecesario.

Con *Habla de lo que sabes*, Geney Beltrán Félix ha conformado un libro de historias sólidas, que no requiere de la unidad para atraer lectores, y que bien vale el regreso a sus páginas para reparar en los detalles dejados al aire de esa primera lectura que casi nunca abarca la totalidad. Esa lectura imperfecta también mía a partir de la que he hablado en esta ocasión, si bien no de todo, pero que por lo menos, y obedeciendo a Pizarnik, espero haberlo hecho de lo que sé.

RABIA

(del latín rabies):

enfermedad que se produce en algunos animales y se transmite por mordedura al inocularse el virus por la saliva del animal rabioso

GABRIELA
DE ALBA Jiménez

*Temo tu mirada agualíquida,
tu sonido sereno cayendo sobre mí,
no soporto la luz que flota en tu sonrisa.
Siento hambre, hervor, locura y miedo;
quiero morderte y besar tu carne y oler tus heridas
y tomarme tu sangre y almorzarme tus pies.*

Ahora lo sé, tengo el mal.

*Mi boca llora espuma, como tu piel hace deseo;
mis ojos sollozan heladas hebras de lumbre;
las sombras danzan estáticas y se burlan de mí
y se visten de seducciones y promesas,
porque así eres tú:
un eco, una mentira, un cuento
que presumes colores y gritas de ausencia.*

*Inscribo en mí tus latidos
como el ansia de respirar en el fondo del mar
y nadar en la nada fría y olvidada.*

*Quisiera ser el reo de tus entrañas, contagiarte.
Pero insistes en vacunarte de mí con abandono,
en lapidar mi demencia con tus pasos airados,
diluir mis burbujas en tu mar colosal,
pinchar mi ombligo con tu aguda belleza,
ignorar mi mácula ante tu perfecta faceta,
trozar mis colmillos con tus labios de mármol...*

*Amén,
que así sea tu olvido, que así quede escrito,
y si prefieres, ponle un bozal a mis pecados,
bautízale un nombre a tu indiferencia,
pero no me arrebatas mi rabia,
pues prefiero este espumarajo que me seca lentamente
al vacío que tu espectro
ha dejado en las lunas llenas de mi ventana.
Eso amigo mío, eso sí que es rabia.*

EXVOTOS

ANGÉLICA
MARTÍNEZ
CORONEL

I

Redentos

Cuando nos unimos al Círculo ya habíamos tomado parte de la iniciación: parados de frente a la Roca, giramos trescientos sesenta y cinco veces. Al terminar vomitamos hasta sacar solamente el jugo gástrico. Los Dioses nos habían extirpado el mal.

II

La inteligencia infundida

Una cosa que nos enseñó Dios (como humanos) fue el construir dioses. Así, tenemos iPods, televisores, automóviles, Internet, celulares.

III

La inteligencia infundada 2

¡Pero no! Mejor dicho, lo importante de Dios es que nos dio el conocimiento para crear a otros muchísimos dioses (o sea TODO) que nos auxilien mientras Él no está disponible.

